



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Tortura de muerte

Buscando a quienes han torturado y asesinado a cuatro de sus compañeros de la CIA, a los que ella llama Simón, la agente Baby se tropieza con una organización llamada «Superbrain». ¿Qué es lo que pretende este «Supercerebro? ¿Por qué han torturado a sus cuatro Simones hasta la muerte?



Lou Carrigan

Tortura de muerte

Brigitte en acción - 285

Archivo Secreto - 264

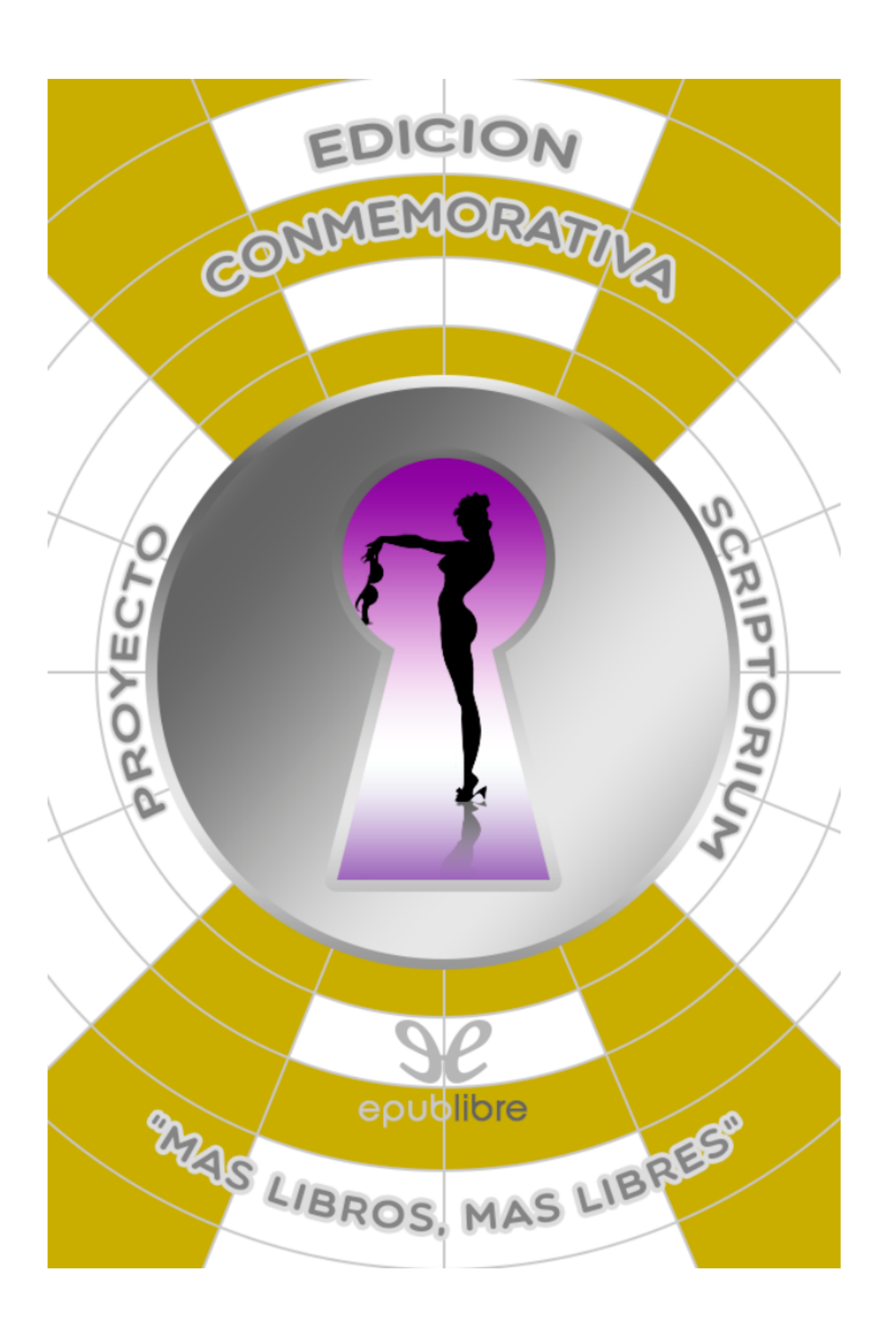
ePub r1.0

Titivillus 31.03.2021

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla VIII Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




EDICION
CONMEMORATIVA
PROYECTO
SCRIPTORIUM
epublibre
"MAS LIBROS, MAS LIBRES"



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El orejudo y simpático Moses Clay, jefe de redacción del «Morning News» neoyorquino, entró en el despacho de la señorita Montfort ordenando un poco su gris cabellera, y, acto seguido, su corbata. Moses había rebasado ya los sesenta, pero no podía evitar estos gestos cuando se entrevistaba con Brigitte Montfort. Simples reflejos de tiempos pasados, cuando él todavía se atrevía a todo; tiempos pasados que, ¡ay!, ya no volverían.

Claro que, de todos modos, una cosa era ponerse bien la corbata para decirle a una chica cualquiera que por ella daría la vuelta al mundo a la pata coja, que decirle eso mismo a Brigitte Montfort, aunque en lugar de tener sesenta y cuatro años hubiese tenido treinta y cuatro, por ejemplo. Moses conocía muy bien a Brigitte, y la amaba… a su ya lejana manera. La conocía tan bien que sabía perfectamente que, si le decía lo de la pata coja, ella le contestaría, sonriendo cariñosamente:

—Pues no deje de enviarme postales de los sitios más interesantes, Moses.

O algo por el estilo. Porque la señorita Montfort, además de ser la mejor periodista norteamericana, con su Premio Pulitzer, sus artículos internacionales, su espléndido tren de vida, su belleza y su apabullante cultura, era, además, simpática, sencilla y afectuosa.

Así son las cosas. Cualquier chica que tuviese unas bonitas piernas y un par de senos interesantes, se creía algo así como la nueva Cleopatra. Brigitte, que podía darle ciento y raya a esa chica hipotética, y a cinco mil millones más como ella, con sus grandiosos ojos azules, su boquita sonrosada, sus hermosos cabellos negros, su tono de piel dorada, su elegancia natural y su figura como no podía haber dos en el mundo, ni se creía Cleopatra ni se creía nada de nada.

Claro que sabía que era bellísima, pero lo aceptaba con toda

naturalidad, del mismo modo que aceptaba que hubiese sol o que lloviese, que Moses fuese un poco calvo, y que Grogan, el director del «Morning News» fuese cada día más gruñón. Las cosas son como son. Ella era hermosa y simpática, y asunto concluido.

—Ah, Moses, ¿qué tal? — le saludó Brigitte, sonriendo, tras alzar la cabeza del montón de cuartillas que tenía delante.

—Por usted, yo daría la vuelta al mundo a la pata coja — dijo el buen Moses Clay.

Brigitte tuvo, por un instante, un gesto de pasmo. Luego frunció el. ceño, con gesto reflexivo. Y por fin dijo:

—Le diré a Miky que le aumente el sueldo.

—¿A mí? —se pasmó ahora Moses—. ¿Por qué?

—Porque si ha de dar la vuelta al mundo por mí, prefiero que lo haga de modo más confortable. Y con un sueldo mayor, quizá podría hacerlo en un hermoso transatlántico… ¿O quizá es propenso al mareo, y no puede navegar?

—¡Claro que puedo navegar!

—En ese caso, hablaré con Miky.

Moses Clay se quedó como quien, habiendo comenzado una conversación en inglés, le hablan de pronto en tibetano. Se rascó la cabeza, vaciló, parpadeó… Y de pronto, captó aquella lucecita socarrona en las hermosísimas pupilas de Brigitte. Acto seguido, soltó una carcajada, y señaló los papeles que había estado examinando Brigitte.

—¿Ha terminado?

—Listo para máquinas… —asintió ella—. Parece que hoy está de buen humor, Moses.

—Siempre que usted está en la casa, estoy de buen humor. Y lo del aumento de sueldo no es ninguna mala idea, francamente. ¿Puedo llevármelo todo?

—Sí, sí.

Moses recogió los folios mecanografiados, lo que no hacía con nadie, ya que los demás empleados del «Morning» debían llevárselos a su despacho. Y lo mismo habría hecho Brigitte, pero a fin de cuentas Moses siempre lo pasaba bien en el de ella: grande, rodeado de cristal completamente, a la vista de toda la sección que dirigía desde hacía años… Sí, señor, nada menos que la Sección Internacional dirigía la bellísima y simpática Brigitte…

—¿Qué está pensando? —preguntó ella.

—Estaba pensando que Frankie se va a poner hecho una fiera, cuando regrese y se entere de que usted lleva ya dos días aquí… La verdad es que vamos perdiendo la costumbre de verla.

—Sí… —murmuró Brigitte—. Cada vez paso más tiempo fuera de casa.

—No debería trabajar tanto —recomendó Moses.

Brigitte le miró, y sonrió afectuosamente. Bueno: ¿cómo decirle al buen Moses que ella no tenía más remedio que viajar, si no era como periodista sí como espía…? ¿Cómo decirle a Moses que, además de periodista, era la agente Baby, de la CIA, y que se pasaba la vida solucionando problemas por el mundo? ¿Cómo decirle que la dulce Brigitte Montfort era, a la vez, la implacable, infalible, peligrosísima Baby…?

—Es una buena idea, que tendré en cuenta, Moses — dijo amablemente.

—Todavía tengo otra idea mejor —deslizó Moses—: ¿por qué no nos vamos los dos a hacer ese viaje en transatlántico?

—¿Y qué diría su mujer? —abrió mucho los ojos Brigitte.

—Mi mujer padece reuma, así que no puede hacer viajes por mar. Se quedaría en casa, cuidando de los nietos.

Brigitte lanzó una carcajada, y Moses Clay, satisfechísimo, guiñó un ojo y salió del despacho. Sí, señor: unos minutos con Brigitte Montfort, y la mente se le descongestionaba, y el trabajo volvía a tener significado, y todos parecían mejores…

En su despacho, terminados ya los artículos de fondo para la Sección Internacional, y todavía sonriendo, Brigitte tomó el montoncito de cartas que esperaban en un ángulo de la mesa, y las fue pasando rápidamente, para hacer una selección de prioridad. La verdad era que ninguna valía la pena: sugerencias para su Sección, comentarios a algún artículo, una petición de informes sobre la actual situación política de Etiopía…, y los inevitables articulitos de quienes pretendían colaborar en el «Morning News», exponiendo sus ideas sobre política.

Lo normal.

Excepto una carta, cuyo membrete correspondía a un estudio fotográfico, que llevaba el nombre del propietario, evidentemente. El estudio se llamaba «Photojenkins». La carta, escrita a máquina,

decía:

Señorita Montfort:

Me dirijo a usted como directora que es de la Sección Internacional del «Morning News» para ofrecerle un interesante material fotográfico que ha venido a parar, de modo bien extraño y casual, a mis manos. ¿Sería tan amable de venir a visitarme para examinarlo? Le aseguro que es altamente interesante para su Sección.

Sepa que soy un gran admirador de usted y de sus artículos, motivo por el que me dirijo a usted, y no a otro periódico.

A la espera de su visita, la saluda atentamente,

W. JENKINS

Durante unos segundos, la periodista-espía estuvo contemplando la carta, dubitativa. Luego consultó el directorio telefónico de páginas amarillas, y, en efecto, localizó allí el «Photojenkins Studio», que por cierto no estaba muy lejos, en Beekman Street. Tras breve vacilación decidió llamar al señor Jenkins.

—¿«Photojenkins Studio»?

—Quisiera hablar con el señor Jenkins. —Ah, es usted mismo… Encantada, señor Jenkins. Soy Brigitte Montfort, del «Morning News». Tengo aquí una carta de usted…

—Sí, entiendo. Bueno, no tengo inconveniente en pasar por ahí, aunque me parece que es ya un poco tarde, y pienso que posiblemente esté usted a punto de cerrar.

—¡…!

—Muy amable. Puedo estar ahí dentro de veinte o treinta minutos. ¿Le parece bien?

—Muchas gracias. Hasta ahora, pues… ¿Perdón?

—Ah, no. La carta debió llegar por la mañana, indudablemente, pero no suelo atender la correspondencia hasta que he terminado el trabajo para máquinas. Es una costumbre. Espero que esto no le haya causado trastornos.

—Usted también lo es, señor Jenkins… —sonrió la divina espía —. Hasta ahora.

Colgó, miró su relojito de pulsera, echó un último vistazo a la mesa, puso en la cesta de «Archivo» la restante correspondencia

recibida, y, ya segura de que todo estaba en orden, se dispuso a acudir a la cita con el señor Jenkins. Seguramente, el material no era todo lo interesante que él pretendía, pero nunca se sabe…

Veinticinco minutos más tarde, Brigitte se apeaba de un taxi, delante del «Photojenkins Studio», y, segundos después, entraba en el portal, que tenía muy buen aspecto, serio y elegante. El estudio fotográfico estaba en la primera planta, ocupándola por entero. Subió a pie, empujó la puerta, y la encontró cerrada. Pulsó el timbre.

Casi enseguida, la puerta se abrió, y apareció un hombre alto, atractivo, de unos treinta y tantos años, ojos claros, sonrisa abierta y simpática, que le tendió inmediatamente la mano.

—No sabe cuánto placer me causa conocerla, señorita Montfort. Soy William Jenkins…

—El placer es mío, señor Jenkins.

—Pase, por favor. Por suerte, no hay nadie que pueda importunarnos ahora. Tengo las fotografías en el despacho… Espero no defraudarla.

Brigitte sonrió cortésmente, mirando alrededor. Estaban en la sala de recibo y espera del estudio. Había mullidos sillones, una magnífica alfombra y, cómo no grandes fotografías adornando las paredes, con paisajes, desnudos de mujer, encantadoras fotografías de niños, de flores… Una suave luz indirecta era suficiente para verlo todo bien y para considerarse en un ambiente tranquilo, sosegado, que matizaba una música apenas audible. Daban ganas de sentarse en uno de aquellos sillones, cerrar los ojos, y evadirse del bullicio neoyorquino, aunque sólo fuese por unos minutos.

—Tiene usted un estudio muy agradable.

—Gracias. Sí, procuro que la clientela esté a gusto aquí. Cada día, todos amamos más y más las comodidades… ¡No sabe cuantísimas veces he pensado lo mucho que me gustaría fotografiarla, señorita Montfort!

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Caramba, es evidente — sonrió de aquel modo simpático Jenkins—… En primer lugar, por el simple y puro placer personal. En segundo lugar, por satisfacción profesional, ya que con usted estoy seguro de que conseguiría una obra de arte; ¡es tan bella y fotogénica! En tercer lugar…

—¿Todavía hay más? —rió Brigitte.

—Oh, sí… Pero me temo que el último motivo no será tan de su agrado como parecen los dos anteriores. Me refiero a que ser su fotógrafo personal contribuiría no poco a aumentar mi prestigio profesional en el país.

—Vaya —frunció simpáticamente el ceño Brigitte—, realmente, este tercer motivo ya no me gusta tanto. ¿Y sabe otra cosa que no me gusta, señor Jenkins?

—Pues no. ¿Cuál?

Brigitte se había detenido, delante mismo de la puerta que daba al estudio fotográfico propiamente dicho, y con toda naturalidad, sin alterarse, dijo:

—No me gusta el hecho de que lleve usted pistola, señor Jenkins.

El hombre palideció y abrió la boca al mismo tiempo. Fue sólo un instante de sobresalto, al que se sobrepuso con no poco esfuerzo, comenzando a gritar:

—¡Ella se ha dado…!

Al mismo tiempo, llevaba la mano derecha hacia la axila izquierda, donde, en efecto, bajo el traje expertamente cortado para aquellos menesteres, llevaba una pistola, que sólo la mirada de Baby, como experimentada aventurera, podía haber descubierto.

Pero el hombre ni siquiera llegó a tocar la pistola: el pie derecho de Brigitte subió con veloz movimiento, y se incrustó entre las ingles del falso William Jenkins, quien sintió tal dolor que no tuvo fuerza ni para gritar, ni para exteriorizarlo. Se llevó las manos al lugar golpeado, y comenzó a caer hacia delante, desencajado el rostro, desorbitados los ojos.

A la izquierda de Brigitte, colocada de perfil en aquel momento, la puerta del laboratorio fotográfico se abrió impetuosamente, y apareció un hombre empuñando una pistola con silenciador. Detrás de él se veía otro, igualmente armado. El primero gritó, alzando el arma:

—¡Quieta, Baby, no se mueva…!

Brigitte se movió, pese a la orden: saltó hacia Jenkins, sin permitirle caer al suelo; se abrazó a él, lo hizo girar, interponiéndolo entre ella y los dos hombres, y se dejó caer hacia atrás, buscando con una mano bajo el sobaco de Jenkins…

Plop, chascó la pistola del hombre más adelantado.

Del pecho del falso Jenkins brotó un diminuto surtidor de sangre cuando la bala se clavó allí, muy cerca de la mano de Brigitte Baby Montfort, que notó el impacto. Mientras retiraba rápidamente la pistola de la funda axilar, el otro hombre disparó también, por dos veces, y el gemido de Jenkins, ahogado, se entrecortó, al recibir la primera bala en el vientre, y la segunda en la ingle derecha. Todavía sujetando aquel cuerpo que la protegía, Brigitte terminó de caer al suelo, pasó la mano derecha por este lado del cuerpo de Jenkins, y disparó.

Frente a ella, uno de los hombres soltó un respingo fortísimo cuando la bala pasó rozando su sien derecha y se llevó media oreja, provocando un súbito y terrible estallido de sangre.

Plop, disparó de nuevo la espía más peligrosa del mundo.

El otro hombre, que se disponía a disparar a su vez contra ella, recibió el balazo en el centro de la frente, y salió despedido hacia atrás, chocó contra el marco de la puerta, y cayó de bruces, muerto en el acto…, mientras el desorejado desaparecía a toda prisa dentro del laboratorio fotográfico, cerrando violentamente la puerta.

Hacia ésta quedó apuntando la pistola que empuñaba Brigitte, inmóvil la pequeña y en apariencia delicada manita, que en realidad era firme, como de acero. Todavía en brazos de la espía, el falso Jenkins emitía un lento y desgarrado suspiro, hasta que, de pronto, todo su cuerpo se tensó, de su boca brotó un chorro de sangre, y quedó fláccido al instante, ya inmóvil, sin sonido alguno, muy abiertos los ojos.

Brigitte se apartó de él, sin dejar de mirar hacia la puerta del laboratorio. Cuando desvió la mirada por fin, fue para dirigirla hacia su mano izquierda, que estaba manchada de la sangre que había brotado de la boca del falso Jenkins. Convencida de que éste había muerto también, estremecida, Brigitte se limpió la sangre en la ropa del propio muerto, y se incorporó. Muy amortiguados, llegaban los rumores de la calle. Eso era todo.

Pero algo martilleaba, con agudo tañido de alarma, en la mente de la espía: aquellos tres hombres sabían que ella, Brigitte Montfort, era Baby, bien clara había sonado la amenaza de uno de ellos. Lo que significaba que, si uno solo de ellos escapaba, lo haría llevándose uno de los secretos más celosamente guardados por la

CIA durante más de diez años… Un secreto que, en suma, significaba la seguridad, incluso la supervivencia de Brigitte Montfort.

«No puedo permitir que ese hombre escape», estalló este pensamiento en la mente de Brigitte.

Y acto seguido, el de que, sin duda alguna, debía haber otra salida de aquel estudio fotográfico… Se puso en movimiento, silenciosamente, hacia la puerta del laboratorio, se colocó a un lado y la empujó, con fuerza. La puerta se abrió completamente, yendo a golpear con fuerza en la pared, dentro del laboratorio.

No pasó nada.

Ni un disparo, ni siquiera un leve ruido…

«Si me juego la vida ahora, puedo perder o puedo ganar —reflexionó a toda prisa Brigitte—. Pero si dejo que ese hombre escape, nunca estaré segura y a salvo».

Se apartó de la pared, tomó impulso, y se lanzó dentro del laboratorio, rodando por el suelo un par de veces, colocándose de rodillas de un salto, y manteniendo en alto la pistola, lista para disparar inmediatamente.

No tenía objeto, puesto que nadie había allí.

Era una sala relativamente grande, con finos decorados de fondo para la obtención de fotos de estudio. Había bastantes en las paredes. Y focos. Y un par de cámaras sobre trípodes, algunos sillones, un pequeño tocador a la vista… A la izquierda, una puerta. A la derecha, otra. Por instinto, Brigitte fue hacia la de la derecha, y la abrió bruscamente, colocándose a un lado.

Tampoco sucedió nada.,., excepto que llegó una leve corriente de aire fresco. Se asomó, vio el pasillo vacío, y se adentró en él, siempre pistola por delante. Pasó por delante de una pequeña cocina, en la que no había nadie, Luego había un cuarto de baño. Y por último, un dormitorio, asimismo vacío… De allí llegaba la corriente de aire. Brigitte se quedó mirando la abierta ventana un par de segundos. Luego, no sin precauciones, se acercó y se asomó. Lo que vio le hizo lanzar una exclamación de disgusto: la escalera de incendios, que descendía hacia un patio interior…, en el que no se veía a nadie.

Dio la vuelta, salió a toda prisa de la habitación, y regresó al estudio, lo cruzó, cruzó la sala recibidor, y asió el pomo de la

puerta…, en el mismo momento en que éste se movía, y la puerta era empujada desde el exterior. Con sobresaltadísimo gesto, Brigitte saltó hacia un lado, y alzó más la pistola…, de modo que el hombre que entró se encontró con la punta del silenciador bajo la nariz, tocando su labio superior.

—Quieto —susurró la espía.

El hombre quedó como petrificado. Sólo sus ojos se movieron, girando hacia la persona que empuñaba la pistola. Estaba lívido, y se oyó perfectamente su sonido al tragar saliva, con dificultad. Brigitte le tomó de una manga, le hizo entrar, cerró la puerta, y se colocó tras él, pasando rápidamente la mano izquierda por el cuerpo del recién llegado, que no llevaba arma alguna.

—¿Quién es usted? —inquirió la espía.

—Vengo… vengo a recoger unas fotografías… Soy Davenport… Calvin Davenport. Llamé al señ…

Calvin Davenport se calló bruscamente, con otro respingo, y Brigitte comprendió que acababa de ver a los dos hombres ensangrentados y caídos en el suelo, hacia el fondo y a la izquierda de la sala de espera y recibo.

—Camine hacia el fondo y no se vuelva, señor Davenport.

El hombre obedeció. Pálido, demudado el rostro, se quedó mirando a la bellísima mujer que le apuntaba con la pistola. Miró los cadáveres, la miró de nuevo a ella… Brigitte lo estudiaba a su vez: debía tener cerca de cuarenta años, era alto, atractivo, de ojos oscuros, cabellos castaños, boca delgada, pero de gesto tan resuelto como parecía indicar su recia barbilla. Sus ropas eran de la mejor calidad. Un hombre interesante, sin duda alguna. La espía casi sonrió cuando le vio pasarse la lengua por los labios y volver a tragar saliva.

—Me parece, señor Davenport —movió la cabeza—, que los dos nos hemos metido en un lío. Acompáñeme: vamos a hacer una llamada telefónica.

Capítulo II

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, se reunió con Brigitte en el dormitorio, donde ésta contemplaba la cesta de gran tamaño que había junto a la cama, cerca de la ventana. Dentro de la cesta había una botellita con cloroformo, y algunas cuerdas.

—Yo diría que la cosa está clara —murmuró Pitzer—: querían capturarla a usted. Pero viva, en principio. Sólo que, claro, al ver que la cosa se les ponía difícil, antepusieron su seguridad a cualquier plan preparado de antemano.

—Lo cierto es que sabían que yo era Baby —musitó ésta.

—Eso parece. Simón está intentando convencer al señor Jenkins y al señor Davenport de que no deben dar parte de esto a la Policía de un modo oficial… La cosa está clara: vinieron aquí, golpearon al señor Jenkins, y lo metieron en el cuarto de revelado, atado y amordazado del modo en que le encontramos. Luego esperaron que usted viniese o llamase; sabían cuándo recibiría la carta, ofreciéndole esas fotografías…, que, claro está, no existen. Era todo una trampa, punto final.

—Sí… Se enteraron de mi personalidad, y para cazarme idearon esto. Me habrían dormido con el cloroformo, y me habrían metido en esta cesta, para descolgarme hasta el patio, y de allí a algún coche o camioneta.

—Parece que ése era el objetivo, en efecto.

—¿Cómo se llamaban los dos hombres muertos?

—El falso Jenkins se llamaba Peter Thorwald, y el otro, Albert Farwell. Naturalmente, nos ocuparemos de ellos, recurriendo a todos los archivos posibles; Policía, FBI, Marina, los nuestros… En fin, espero que conseguiremos algo. En cuanto al otro, pienso que un hombre al que le han arrancado media oreja debe estar sangrando en abundancia, y quizá no le resulte fácil ocultarse. De todos modos, tenemos a esos dos, y quizá consigamos localizar sus

domicilios, con lo que todo se simplificaría, quizá, para localizar al otro. Los muchachos están en ello ahora.

—Le noto muy preocupado, tío Charlie.

—No, no… Bueno, quiero decir que es natural… Respecto al señor Jenkins, no hay cuidado, ya que ni siquiera la ha visto a usted, así que no sabe nada de nada, ya que, claro está, Thorwald y los otros no le dieron ninguna explicación. Lo molesto va a ser lo del señor Davenport… ¿Qué hacemos con él?

—¿Qué podemos hacer? —se sorprendió Brigitte—. Dejarlo marchar… No pretenderá que asesinemos a ese hombre sólo porque ha visto a Brigitte Montfort en este sangriento asunto. Además, ni siquiera sé si me ha reconocido.

—Es una tranquilizadora posibilidad — refunfuñó Pitzer—. Pero si no la ha reconocido ahora, la reconocerá en cualquier momento, cuando vea alguna fotografía de usted.

—Sí — frunció el ceño la divina —. Habría que inventar un grandioso cuento para darle explicaciones al señor Davenport…, al que, claro está, investigaremos.

—Por supuesto. Dice que es persona muy conocida en Harrisburg, Pensilvania, donde tiene importantes negocios… Entiendo que es un financiero de bastante importancia, aunque es muy educado, y no hace ningún alarde en ningún sentido. Ha venido unos días a Nueva York a solucionar negocios, a divertirse… Se hizo unas fotografías aquí, y venía a recogerlas. Fotografías grandes, de ésas que se ponen en las oficinas de las importantes empresas.

—¿Y eso es cierto?

—Sí. Ya le hemos entregado las fotografías.

—¿Todavía está asustado? —sonrió Brigitte.

—Yo diría que no. Pero está que se muere de curiosidad. No se está tragando nuestros cuentos…, ni cree que seamos de la Policía. Va a ser difícil manejar a ese hombre. Y si le decimos que es una cuestión de seguridad nacional o algo así, lo cual no deja de ser cierto en buena parte, la vamos a comprometer a usted. Por otra parte, ya que vamos a silenciar lo ocurrido aquí esta noche, él se sorprenderá mucho mañana, cuando no aparezca nada en los periódicos. Es un dilema.

—Vamos a resolverlo por la vía fácil —murmuró Brigitte—. Al

señor Jenkins no le diremos nada sobre mí, puesto que ni me ha visto, pero sí le diremos que es una cuestión de seguridad nacional, y que debe permanecer en silencio. En cuanto al señor Davenport, todo lo que le diremos es que yo acababa de llegar aquí, que vi dos hombres muertos en el suelo, y que cuando oí que alguien subía la escalera me asusté, empuñé una pistola, y todo lo que quería era defenderme, por si se trataba de los asesinos.

Pitzer contemplaba incrédulamente a Brigitte. Por fin soltó un gruñido.

—Eso no lo creerá nunca.

—Lo sé —sonrió la espía—. Pero ésa es toda la explicación que va a tener. Y por supuesto, se le rogará que mantenga silencio al respecto. A fin de cuentas, podemos pedirle eso a un ciudadano norteamericano, ¿no?

—Sí… Pedírselo, sí. Está bien, lo enfocaremos así. Creo que seria conveniente que usted se marchase de aquí, mientras yo les doy esas explicaciones. Los llevaré a los dos al cuarto oscuro, para que el señor Jenkins no la vea. Cuanto menos lo compliquemos, mejor. Ya es terrible todo esto que está sucediendo…

—¿Terrible? Sí, claro… Pero ¿qué quiere decir? ¿Por qué ha dicho «que está sucediendo»?

—Me he expresado mal, eso es todo —desvió Pitzer la mirada.

Brigitte Montfort se quedó mirándolo atentamente durante unos segundos, sin que Pitzer se atreviese a enfrentarse a los ojos azules que parecían penetrar en él.

—De acuerdo —murmuró la espía—. Espero que me tenga informada de todo, tío Charlie.

—Sí, sí… Ya nos veremos. ¿Ha venido con alguno de sus coches?

—No. En taxi… Y utilizaré otro para volver. Adiós, tío Charlie.

—Adiós…

Brigitte Montfort se marchó del modo convenido, y la CIA del Sector New York quedó encargada del asunto, al mando de Charles Alan Pitzer.

Debían ser cerca de las doce de la noche cuando Pitzer y Simón regresaron a la floristería donde tenían la emisora y el control de mandos del Sector. Pasaron directamente a la salita de estar, y mientras Pitzer se dejaba caer en un sillón, Simón-Floristería fue hacia el mueble-bar, mirando a su jefe.

—¿Le sirvo un trago, señor?

—Sí, gracias… Estoy cansado. Y, sobre todo, muy asustado.

—Yo también —murmuró el simpático espía, el Simón que más de cerca conocía a la agente Baby —. No podemos dudar demasiado al respecto: lo de esta tarde está relacionado con lo otro.

—Ojalá no sea así, pero me temo que está en lo cierto, Randy.

Hubo un silencio, mientras Simón-Floristería servía whisky en dos vasos, se acercaba a su jefe, y, tras ofrecerle uno de los vasos, se sentaba en otro sillón, mohíno. Pitzer bebió un trago, y movió la cabeza.

—Todo esto, en realidad, no debería sorprendernos —dijo con voz casi temblorosa—. Han sido demasiados años en la brecha, y lógicamente, se ha convertido en la pieza más codiciada del espionaje mundial.

—¿No cree que deberíamos advertirla del peligro real que está corriendo ella, señor? Si lo han intentado esta tarde, ya no se detendrán hasta conseguirlo, sean quienes sean. Yo me inclino a creer que son los rusos. Naturalmente, la quieren viva, ahora que sin duda conocen su identidad… Y por mucha vigilancia que pensemos poner alrededor de Baby, tarde o temprano la cazarán. O peor aún: quizá, en vista de las dificultades en conseguirles, a ella y a Número Uno, unas personalidades diferentes, pasaportes… Por el dinero no hay problema: me consta que ambos tienen millones de dólares. Aparte, claro está de que la CIA afrontaría ese aspecto de la cuestión, sin una sola objeción… Y ella se merece ya ese descanso definitivo: que se retire, que se vaya con Número Uno a vivir donde quieran…, por supuesto, lejos de «Villa Tartaruga», y que tengan hijos, que vivan en paz… A fin de cuentas…, ¿quién es Baby? Es sólo una chica, una mujer que ya ha dado demasiado de sí misma a la CIA, a Estados Unidos, a toda la Humanidad… ¡Maldita sea mi estampa, yo debería ser capaz de decirle todo eso, y que se retire de una maldita vez!

—Si usted le dice eso —sonrió desganadamente Simón—, ella le preguntará que qué mosca le ha picado, señor. Y entonces, usted no podría soltarle ninguna mentira. Tendría que decirle que, en menos de tres meses, han asesinado, después de torturarlos bestialmente, a cuatro agentes de la CIA…, a cuatro Simones. ¿Y usted cree que Baby se retiraría, dejando tras ella cuatro Simones asesinados,

torturados…, sin vengarlos, sin saber por qué y quién lo ha hecho?

—Claro que no —farfulló Pitzer—. ¡Qué demonios había de retirarse! Lo que haría sería palidecer, contener las lágrimas si podía, y movilizar a toda la CIA en busca de alguna pista…

—Y seguramente, como siempre, ella llegaría al fondo de la cuestión —dijo, completamente convencido, Simón.

—Esta vez es diferente. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Pues ha ocurrido que Martin Robb, Sidney Cowan, Leonard Alcomb y Herbert Barrow, cuatro agentes de la CIA, han sido torturados y asesinados uno tras otro, aquí mismo, en Estados Unidos. Y si al principio se podían hacer mil cábalas al respecto, ahora nosotros conocemos parte de la solución: los fueron cazando, y torturando, para que delatasen la personalidad auténtica de la agente Baby… Con toda seguridad, la pregunta era siempre la misma: ¿quién es Baby y dónde podemos encontrarla? Los tres primeros no lo sabían, así que, después de ser torturados, fueron asesinados. Pero el cuarto, Herbert Barrow, sí sabía que Baby era Brigitte Montfort… Eso ha sido comprobado en los archivos: Herbert Barrow conoció a Baby hace tres años y pico, cuando el asunto de aquel chiflado que quería ser el Presidente Mundial. Sabía quién era realmente la agente Baby…, y lo dijo, hace unas semanas, cuando fue sometido a tortura. ¡Maldita sea su estampa, lo dijo, el muy…!

Pitzer no dijo más. Y Simón, tras unos segundos de reflexión, murmuró:

—Lo torturaron de un modo escalofriante, señor… Cualquiera habría hablado. La misma Baby, si nos llama Simón a todos los agentes de la CIA es porque sabe perfectamente que, si la sometiesen a tortura, acabaría por delatar a quien fuese. Ella es la primera en decir que toda resistencia tiene un límite… Y estoy seguro de que no culparía demasiado a Barrow, por haberla delatado.

—Sé muy bien que se mostraría comprensiva. Pero el hecho cierto es que, en estos últimos meses, alguien ha estado acechando cerca de la Central, ha ido cazando agentes de la CIA, y torturándolos para que le dijesen quién es Baby… Hasta que lo ha conseguido, hasta que cazaron a un «Simón» que sabía que Baby era Brigitte Montfort. ¡Y ahora, sean quienes sean, la quieren cazar viva!

—¿Y si nos estuviésemos equivocando, después de todo?

—Vamos, vamos, Randy… Usted mismo ha dicho antes que ya no podemos tener dudas al respecto. Ahora, lo que tenemos que pensar es el modo de apartar de esto a Brigitte, de un modo definitivo…

—Eso sería fácil, si ella fuese tonta — suspiró Randy Rogers, o Simón-Floristería —. Pero lo último que se puede decir de Baby es que sea tonta, señor. La misma CIA, e incluso usted personalmente, han intentado engañarla en varias ocasiones…, y nunca dio resultado.

—Pues esta vez tengo que conseguirlo. Desde hace tres meses, vengo guardando silencio con ella sobre este asunto, la he dejado ir de un lado a otro, alegrándome cuando se alejaba de aquí… Aparte de que entonces no sospechábamos todavía el porqué de esos agentes torturados y asesinados, y si no le decíamos nada era para evitarle dolor, mientras la Central movilizaba hombres para que se ocupasen de eso.

—Y no han conseguido nada — recordó Simón —. Desde luego, si Baby se entera de que le venimos ocultando las muertes de cuatro de sus Simones, en esas circunstancias, lo vamos a pasar muy mal. Francamente, yo preferiría que me tragase la tierra, antes de soportar su mirada.

—¿Y cómo demonios habría de enterarse? —masculló Pitzer—. La consigna general es no informarla de nada al respecto, así que… ¿Han llamado?

—Sí —se desconcertó Simón, echando acto seguido un vistazo a su reloj de pulsera—. Caramba, vaya unas horas…

—Lo mejor será que no hagamos caso. Como le decía…

La llamada, lejana pero perfectamente audible, volvió a sonar, en la puerta de la floristería. Es decir, en la puerta de la vivienda de la floristería, que no daba directamente a la calle, sino dentro del portal del edificio, en la que servía para entrar directamente a la vivienda.

Los dos hombres cambiaron una mirada, y Simón se puso en pie y abandonó la sala de estar. A los pocos segundos, Pitzer oía su voz, y acto seguido, otra que le hizo estremecerse de pies a cabeza…

Cuando Brigitte Montfort apareció en el salón, Pitzer va estaba en pie, y procurando adoptar un gesto de sorpresa y de

interrogación.

—Caramba… —exclamó—. ¡Vaya unas horas para ir de visita! ¡No me diga que ha ocurrido algo más!

Miró a Simón, pero lo vio completamente tranquilo, sonriente, normal… En cambio, Brigitte estaba un poco pálida, y no había en su rostro expresión alguna.

—No… No ha ocurrido nada más, tío Charlie.

—¿Le apetece un trago de whisky? — ofreció Simón —. También tenemos champaña, pero no es «Dom Perignon».

—Tomaré un poco de whisky — aceptó Brigitte.

Se sentó en el centro del sofá, y se quedó mirando a Pitzer, que también se había sentado de nuevo. El silencio era tal que incluso se oyó el gorgoteo del whisky al ser escanciado en el vaso, que Simón ofreció acto seguido a la espía. Esta bebió un sorbo, tras musitar un «gracias». Luego volvió a mirar a Pitzer, fijamente.

Este se removió en el asiento, inquieto.

—Bueno… —farfulló—. Supongo que una visita a estas horas debe tener una interesante explicación, Brigitte.

Esta no contestó. Sacó del bolsillo del abrigo un pequeño objeto, en el que manipuló unos segundos, colocándolo después en la mesita que Pitzer tenía delante. Simón-Floristería dio un salto, respingando, cuando su propia voz brotó del pequeño aparato:

—¿Le sirvo un trago, señor?

—Sí, gracias… Estoy cansado. Y, sobre todo, muy asustado.

—Yo también… No podemos dudar demasiado al respecto: lo de esta tarde está relacionado con lo otro.

—Ojalá no sea así, pero me temo que está en lo cierto, Randy… Todo esto, en realidad, no debería sorprendernos… Han sido demasiados años en la brecha, y lógicamente, se ha convertido en la pieza más…

Ya no se oyó nada más, porque Brigitte había detenido la marcha del pequeño receptor-grabador, en el que parecían conectadas para siempre las miradas de Pitzer y Simón. Pero, al dejar de brotar sus voces del aparato, ambos miraron, por fin, a la espía más peligrosa del mundo.

Y por fin, Pitzer reunió fuerzas para poder jadear:

—Me ha… me ha estado… espiando a mí… ¡A mí, su jefe y amigo, casi su padre, la persona que más… que más…!

—Ha colocado un micrófono AQUÍ —tartamudeó Simón—. ¡Nos ha colocado un micrófono a NOSOTROS!

—Vamos a aclarar ya tres puntos importantes —dijo Brigitte, con un tono escalofriantemente neutro—. Primero: en efecto, no culpo de nada a Simón-Herbert Barrow, por haberme delatado bajo tortura física. Segundo: de ninguna manera admitiré que ningún agente de la CIA, ningún Simón, sea puesto como escolta personal mía, bajo ninguna circunstancia en este asunto. Tercero: mañana por la mañana, antes de mediodía, quiero tener en mi casa toda la documentación relativa a los asesinatos de mis cuatro Simones, y una información detallada por escrito, de toda la labor realizada hasta ahora por la CIA, así como de las conclusiones oficiales a que se haya llegado. ¿Está claro?

—Brigitte, nosotros…

—Gracias por el whisky —cortó ella, poniéndose en pie —. Y buenas noches. No se moleste en acompañarme, Simón: conozco el camino.

La espía se fue, y los dos hombres quedaron como petrificados, incapaces de reaccionar. Lejano, sonó el ruido de la puerta de la vivienda al cerrarse. Sólo entonces se miraron uno a otro.

—Pero esto… ¡es increíble! —exclamó Simón—. ¿Cómo ha podido ella saber…?

—Mirándome —masculló Pitzer—. Simplemente, mirándome, Randy. Ella me miró en el estudio fotográfico, y comprendió que, una vez más, yo le estaba mintiendo. Lo demás no ha representado ninguna dificultad para ella…

—Tenemos… tenemos un micrófono por aquí, en la casa…

—Seguramente, tenemos varios — sonrió duramente Pitzer—. Pero eso ya no importa ahora.

—¿Qué vamos a hacer?

Charles Alan Pitzer se pasó la lengua por los labios… No tenía derecho alguno a quejarse: él había sido el creador, el iniciador de aquel… «monstruo» llamado Baby[1]. Así que ahora no tenía ninguna justificación para quejarse.

—¿Qué demonios hemos de hacer? —murmuró—. ¡Lo único que podemos hacer!

Capítulo III

Finalmente, Brigitte dejó sobre el sofá, junto a ella, los cuatro expedientes que correspondían a los asesinatos de los agentes de la CIA Martin Robbs, Leonard Alcomb, Sidney Cowan, y Herbert Barrow, con los correspondientes informes sobre las investigaciones y conclusiones. Frente a ella, en sendos sillones y tomando café, Charles Alan Pitzer y Simón-Floristería, silenciosos, expectantes. Eran las once de la mañana. Un pálido sol de finales de otoño daba en la terraza del lujoso apartamento de la divina espía, que estaba en pijama todavía, pero arreglada, bellísima. De su rostro, especialmente de los enormes ojos azules, parecía expandirse una insólita luz.

—En resumen —murmuró—: La CIA no ha adelantado nada en estas investigaciones…

Ni Pitzer ni Simón contestaron. ¿Para qué? Todo estaba bien explicado en los informes… Era un fracaso muy bien detallado y explicado. Brigitte se sirvió café, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando la dorada luz solar que parecía flotar en el ambiente.

—De todos modos — prosiguió Brigitte —, es lógico que nuestros compañeros no hayan adelantado nada en las investigaciones. Esto es algo… insólito, nuevo. Si hemos de aceptar la teoría más razonable, juzgando por lo de ayer en el «Photojenkins Studio», realmente todo esto ha tenido como objeto encontrar un agente de la CIA que me conociese bajo mi verdadera personalidad. Y ese agente, por fin, fue hallado: Herbert Barrow. Pocos días después, recién llegada de mi estancia en Europa, intentan cazarme. Sí, parece lo más admisible. La pregunta es: ¿quién y por qué? ¿Para qué quieren cazarme viva?

—Bueno… Nosotros creemos que bien pueden ser los rusos, en cuyo caso, su interés por usted no precisa de grandes explicaciones.

—No. No son los rusos. Seguramente, esta idea ya está

considerada como vieja en Moscú…, y en su tiempo, fue desechada. ¿Por qué habrían de ponerla en práctica ahora, cuando más calma hay?

—Últimamente, usted les ha dado un buen par de disgustos a nuestros colegas de la MVD —deslizó Pitzer.

—Hace años, les di mayores disgustos. Pero eso de ir matando agentes de la CIA es muy… peligroso, diría yo. Los rusos saben perfectamente que, si ellos iniciasen algo así, la CIA, no tardaría en saberlo, y las represalias serían inmediatas…, lo que daría lugar a una guerra de crímenes espantosa entre todos los agentes secretos rusos y norteamericanos en todo el inundo. No. Los rusos, no.

—Quizá los chinos… —apuntó tímidamente Simón.

—China, y concretamente el Lien Lo Pou, no están en condiciones de enfrentarse tan abiertamente a la CIA, en una carrera de crímenes cuyo único resultado fuese eliminar a Baby. Puestos a hacer salvajadas en busca de algún objetivo grandioso, hay personas mucho más importantes que yo…, empezando, por ejemplo, por el Presidente de los Estados Unidos.

—El asesinato de nuestro Presidente —apuntó Pitzer— podría dar lugar a una determinada situación política que, en principio, sería de desconcierto, y me atrevo a decir que la posibilidad de una guerra resultaría bastante remota. En cambio, el asesinato de Baby sería una auténtica catástrofe.

—Santo cielo, tío Charlie… ¿Por qué?

—Porque si asesinaban a nuestro Presidente, las reacciones nuestras se realizarían con pies de plomo. Habría mucho que hablar, mucho que pensar, mucho que decidir y sopesar… En cambio, si la agente Baby es asesinada, unos cuantos miles de agentes de la CIA organizarían una auténtica matanza mundial…, cuyas consecuencias son por completo imprevisibles.

—Entiendo — suspiró Brigitte —. Pero el hecho es que no pretenden asesinarme, sino capturarme viva. Eso parece indiscutible, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

Hasta el salón llegó, nítidamente, el sonido del carillón de la puerta del apartamento, y Pitzer se quedó con la palabra en la boca. Hubo unos segundos de silencio con matiz de alarma… Peggy, el ama de llaves de Brigitte, pasó por delante del salón, hacia el

recibidor…

—Peggy, un momento —se puso en pie Simón—… Yo iré a abrir.

La rubia y simpática Peggy mostró una leve sorpresa, y miró a Brigitte, que asintió en silencio. Simón sacó la pistola, y abandonó el salón, seguido por la mirada asustada de Peggy, que a una seña de Brigitte regresó hacia la zona de servicio. La voz de Simón, y la de otro hombre, llegaron hasta Brigitte y Pitzer. Brigitte fue la primera en reconocerla, y alzó las cejas, en un gesto de sorpresa y desconcierto. Unos segundos después, aparecía en la puerta del salón un gran ramo de flores, bajo el cual se veían las piernas de un hombre, junto al cual caminaba Simón, con el ceño fruncido.

El ramo de flores se apartó, y apareció el rostro de Calvin Davenport, sonriente.

—Buenos días —saludó—… Me parece que me he complicado la vida.

Brigitte se puso en pie, consiguiendo una sonrisa aceptablemente amable.

—Buenos días, señor Davenport. ¿Por qué cree que se ha complicado la vida?

—Pues… Oh, buenos días, señor… señor…

—Buenos días — masculló Pitzer.

—Ejem… Sí, creo que me he complicado la vida Verá usted, mi única intención al venir aquí con este pequeño obsequio floral era asegurarle a usted que no le guardaba rencor por lo de ayer…, e invitarla a cenar esta noche. ¿Dónde puedo dejar las flores?

Con un gesto entre socarrón y huraño, Brigitte hizo sonar una campanilla, y Peggy apareció casi en el acto. Brigitte le señaló las flores, y la rubita con pecas asintió, tomándolas de manos de Calvin Davenport.

—¿Por qué tendría usted que guardarme rencor, señor Davenport? —preguntó Brigitte.

—Caramba… Anoche me metió usted una pistola en la nariz, señorita Montfort.

—¿De modo que ya sabe quién soy?

—Bueno — sonrió Davenport —… Ya anoche sabía que la había visto a usted en alguna parte, pero no conseguía recordar. Y por fin, cuando estaba en la cama, sin poder dormir, lo recordé: Brigitte

Montfort, la periodista. He leído muchas cosas de usted, y he visto bastantes fotografías.

—Era inevitable — suspiró Brigitte —. Siéntese, señor Davenport. ¿Le apetece una taza de café?

—Pues… no sé. Francamente, tengo la sensación de que me encuentro ahora mismo en un… ambiente por completo ajeno a mis conocimientos. Quiero decir que… Vaya, seguramente, me estoy equivocando. Lo que trato de decir es que, seguramente, estos señores han venido a hacerle algunas preguntas sobre lo de anoche, y que usted es tan ajena como yo a cosas de esa clase… ¿Verdad?

—¿De qué ciase?

—Seguridad nacional, y cosas así. ¿Son del FBI?

Pitzer soltó un gruñido, Simón frunció el ceño, y Brigitte casi sonrió.

—Sean de lo que sean estos señores —dijo la espía—, creo que anoche llegaron ustedes a un acuerdo de… discreción, señor Davenport.

—Por supuesto. Y pienso cumplirlo. Si estoy aquí no es para meter las narices en cosas que no me incumben ni sabría cómo manejar. Sólo he venido a decirle que le perdono el susto que me dio, y a…

—… Y a invitarme a cenar. Es usted muy amable.

—Y usted es muy hermosa — sonrió de nuevo Davenport—… ¿Le parezco chiflado o curioso, por querer relacionarme con una mujer como usted?

—No —sonrió ya definitivamente Brigitte—… Su reacción me parece normal en un hombre educado y de buen gusto, señor Davenport. Supongo que buscó mi dirección en el listín telefónico.

—Me permití esa pequeña argucia, en cuanto recordé quién era usted. Esto… ¿Quizá es mejor que me marche?

—No, no… Está invitado a café, ya se lo he dicho Los señores han terminado ya de hacerme preguntas nuevas y de mostrarme fotografías de algunos hombres, por si… Bueno, cosas de ellos. Pero ya les he dicho que todo lo que puedo hacer, por el momento, es dictarle a un buen dibujante el rostro del hombre que escapó… después de matar a los otros dos.

Calvin. Davenport abrió mucho los ojos, y asintió; por su parte, Pitzer captó perfectamente la idea de Brigitte, se puso en pie, y

recogió los expedientes que ella había consultado, mientras decía:

—La llamaremos por teléfono, antes de venir con un dibujante, señorita Montfort. Y sentirnos muchísimo molestarla tanto, pero comprenda usted, un testigo de su importancia no puede ser desaprovechado. Lo intentamos con el señor Jenkins, pero el pobre hombre no sabe nada de nada, y prácticamente, no vio nada. Ni siquiera sabe cuántos hombres entraron en su estudio, ni si eran negros o blanc…

El teléfono sonó. Brigitte volvió la cabeza hacia la mesita lacada donde estaba el aparato, vaciló un instante, y acabó por acercarse y descolgar el auricular.

—Sí, yo misma.

—Por supuesto que sí —se tensó levemente Brigitte.

—De acuerdo. ¿Quién es ust…?

Clic, oyó el sonido del auricular al ser colgado. Sin alterarse ni hacer gesto alguno, Brigitte colgó el suyo, y se acercó a Peggy, que había dejado de colocar las flores en un bonito jarrón de porcelana, y la miraba, expectante.

—Aquí están bien, sí —sonrió Brigitte—. Gracias, querida. Hoy no almorzaré en casa.

—¿Ocurre algo, señorita?

—Nada importante. Voy a salir, eso es todo. ¿Me permiten unos minutos? —se volvió hacia los tres hombres—. Estaré vestida en seguida.

—¿Debemos esperarla? — musitó Pitzer.

—Sí, sí.

—¿Yo también? —se pasmó Davenport.

—La verdad es que temo no poder atenderle como se merece, señor Davenport.

—Comprendo. Bueno, ha sido un placer saludarla, señorita Montfort. Me parece que sería una tontería insistir sobre lo de la cena, ¿verdad?

—No lo sé. ¿Por qué no me llama esta tarde, alrededor de las seis…? O mejor aún, yo le llamaré a usted antes de esa hora, si me es posible aceptar su invitación

—Estupendo —sonrió Davenport—. Estoy en el…

—Sabemos en qué hotel está usted —sonrió Brigitte—: lo dijo anoche a estos señores, ¿recuerda?

—Claro. Bien… Estaré esperando su llamada.

—Pero recuerde que no le garantizo que pueda disponer de la noche — puntualizó Brigitte.

—Vale la pena esperar —dijo, muy convencido, Davenport—. Bien, adiós… Encantado de saludarles.

—Si me disculpa, Peggy le acompañará a usted —pidió Brigitte.

—Naturalmente. Adiós.

—Adiós, señor Davenport.

Este abandonó el salón, acompañado por Peggy; mientras tanto, sin más aclaraciones, Brigitte también abandonó el salón, por la puerta que daba a la zona de sus habitaciones privadas. Reapareció cinco minutos más tarde, ataviada con un elegante conjunto…, y con el maletín rojo con florecillas azules. Pitzer y Simón, que esperaban pacientemente tomando más café, se quedaron mirándola.

—Era un hombre —se adelantó Brigitte a cualquier pregunta—. Me preguntó si me gustaría saber dónde puedo encontrar al sujeto que escapó del «Photojenkins Studio», y cuando le dije que por supuesto que sí, me dio la dirección exacta, y el nombre del individuo: David Goodall.

Los dos espías se habían puesto en pie rápidamente, y Simón exclamó:

—¡Vamos inmediatamente a atrapar a ese suj…!

—No hay prisa —sonrió, con frialdad, la espía más astuta del mundo—… No tenemos ninguna prisa, Simón.

Era cierto.

No había ninguna prisa, por la sencilla razón de que cuándo encontraron al hombre llamado David Goodall, éste llevaba varias horas muerto.

Yacía en el único dormitorio de un pequeño apartamento en West Side, sobre la cama que no había sido utilizada aquella noche para su normal cometido. Simplemente, el hombre estaba sobre ella, lívido y frío. Por el suelo se veían manchas de sangre, y un pañuelo igualmente empapado de sangre ya seca. En el cuarto de baño había más pañuelos empapados. Y también había sangre en la cama, sobre la vieja colcha, junto a la oreja destrozada del hombre. Para los tres espías, la cosa estaba tan clara que ni siquiera se molestaron en cambiar comentarios: alguien había llegado al

apartamento de David Goodall, posiblemente cuándo éste esperaba la llegada de algún médico para que le atendiese la herida, le había matado, y luego le había colocado en la cama. Eso era todo.

¿Todo?

¿Realmente?

—Esto no lo harían los rusos — refunfuñó, de mala gana, Charles Pitzer.

—Lo que quisiera saber es por qué han avisado a Baby —dijo Simón—. Si quisieran matarla, lo comprendería, porque esto podría ser una trampa, podría haber aquí una bomba, o algo parecido. Pero la quieren viva…

—Han querido que venga aquí por algo determinado, en efecto —asintió Brigitte.

—Quizá sea algo parecido a una burla —dijo Pitzer—: han querido demostrarle que no tiene la menor posibilidad de localizar a nadie importante.

Brigitte se quedó mirando el cadáver, parpadeando. ¿Burlarse de ella? ¿De Baby? La persona o personas que estaban detrás de todo aquello no podían ignorar a quién se estaban enfrentando, a qué clase de enemigo estaban exacerbando, así que no parecía probable que perdiesen energías en un juego tan peligroso. Era lo mismo que meterse en una jaula con una pantera, y comenzar a tirarle de los bigotes…

—Quizá encontremos algo, si registramos bien el apartamento — sugirió Simón.

—Lo dudo —negó Brigitte—… Hace dos días que mataron a Simón-Herbert Barrow, así que han tenido tiempo de prepararlo todo muy bien, mientras esperaban mi regreso a casa. Deben haber estado vigilando el «Crystal Building», el «Morning News», todos los sitios a los que se hayan enterado de que acudo con alguna regularidad… Lo han preparado todo bien. Ni con este hombre, ni con los otros dos, por mucho que los investiguemos, lograremos pista alguna.

—¿Qué pueden pretender? Han asesinado a cuatro agentes de la CIA, anoche perdieron dos hombres, y luego vinieron a matar a éste… Y todo, para capturarla a usted. ¿Qué esperan conseguir de usted?

—Posiblemente, información sobre la CIA —deslizó Pitzer—.

Aunque eso me parece un tanto fantástico, hay que admitir que…

¡¡¡TRILIííííiiilIIINNNNGGGG…!!!

Fue un timbrazo, un campanilleo más bien que, lógicamente, los sobresaltó a ios tres, movilizándolos. Simón se encontró con la pistola en la mano, Pitzer sólo llegó a introducir la mano hacia la axila izquierda, y Brigitte había saltado hacia un lado, fuera de la línea visual del dormitorio desde el comedor-salita…

Enseguida, las miradas de los tres fueron hacia el pequeño y estrecho armario, viejo, oscuro… El timbrazo llegaba del interior de aquel mueble, sin duda alguna. Se fue haciendo más y más tenue, hasta que, por fin, dejó de oírse, con un leve y cómico «tilíng… ».

Brigitte se acercó al armario, pero Simón se le adelantó rápidamente, y abrió una de las puertas, apartándose… Era una precaución innecesaria. El armario estaba completamente vacío…, a excepción del enorme y anticuadísimo despertador de campanilla que se veía perfectamente, bien colocado en uno de los estantes. Pitzer y Brigitte se situaron junto a Simón, tras abrir la otra puerta, y Se quedaron mirando el reloj, que estaba puesto para que sonase a aquella hora…

Pero aún había allí dentro algo mucho más importante que el reloj: la gran cartulina blanca, en la que, con grandes letras mayúsculas, alguien había escrito:

> *ESTE RELOJ PODIA HABER TENIDO CONECTADA UNA BOMBA DE TIEMPO, ¿SE DA CUENTA? LA VERDAD ES QUE ME ESTA USTED DECEPCIONANDO, EN LINEAS GENERALES. AUNQUE TAMBIEN PUEDO PENSAR QUE SE HA DADO CUENTA DE QUE LA QUIERO VIVA. PRONTO LE DIRE PERSONALMENTE MIS MOTIVOS. MIENTRAS TANTO… ¿POR QUE NO LLAMA A SU APARTAMENTO?*
>
> Superbrain

De los tres, quien menos impresionada estaba era Brigitte. Pitzer y Simón estaban lívidos, y este último jadeó:

—*Superbrain*… Supercerebro. ¡Nos las estamos viendo con alguien que se llama a sí mismo Supercerebro!

Brigitte, no poco impresionada, aunque menos que Pitzer y Simón, se dirigía ya hacia el teléfono, que estaba en el saloncito del

apartamento. Marcó el número del suyo, y esperó. La llamada se repetía una y otra vez. Brigitte apartó el auricular un poco, y se volvió a mirar a sus amigos. Y ahora sí que estaba lívida. La llamada seguía sonando, sonando, sonando… Simón-Floristería estaba pálido como un cadáver.

—La han matado—jadeó—… ¡Han matado a Peggy!

La palidez de Brigitte aumentó también, De pronto, se dio cuenta del bloque tan vulnerable que forman las personas que se aman unas a otras, con la sinceridad de su grupo: Peggy, Frankie, Miky Grogan, tío Charlie, Simón Cavanagh, Número Uno… Y esto le hizo pensar en la trampa de la que hacía poco había escapado, en Inglaterra, donde alguien la organizó partiendo precisamente de esa idea: reunir a varias personas para hacerlas más vulnerables[2].

Simón-Floristería se dejó caer en el borde de la cama, olvidado del cadáver de David Goodall. Pitzer parecía de piedra… El timbre del teléfono del apartamento de Brigitte Montfort, en el piso veintisiete del «Crystal Building», en la Quinta Avenida, continuaba sonando: trilíiiing… trilíiinggg… trilíiingggg…

Y de pronto, dejó de sonar.

—¡Peggy! —exclamó Brigitte—. ¿Por qué has tard…?

¿Peggy?

—Sí… Soy yo. ¿Quién es usted? Señor Davenport… ¿Es usted, señor Davenport?

—Pero…, ¿qué hace en mi casa? ¿Dónde está Peggy?

—¡…!

—No se mueva de ahí —sonó aguda la voz de Brigitte—… ¡No se mueva de ahí, señor Davenport! ¡Regresamos inmediatamente!

—Gracias —murmuró Calvin Davenport—… Gracias, me siento mucho mejor, de veras…

Se quitó de la cabeza la bolsa de goma llena de cubitos de hielo que Brigitte le había proporcionado, y se tocó cuidadosamente la parte alta posterior, donde tenía un tremendo chichón.

—La madre que los… Perdone —miró consternado a Brigitte—. No acostumbro hablar así, pero…

—Si se encuentra mejor, podría decirnos ya lo sucedido, señor Davenport —dijo Simón, que estaba muy afectado.

—Bueno… Ya les digo que no sé gran cosa, aparte de mis

explicaciones de antes… Salí de aquí, y dos tipos se me acercaron, y me dijeron que me iban a matar si no hacía lo que ellos me indicasen; de momento, pensé que era una broma, y enseguida, que estaban locos, claro, porque insistieron, y uno de ellos sacó la pistola del bolsillo un momento, para que yo pudiese verla. Entonces, comprendí que los dos estaban armados, y comencé a asustarme. Me dijeron que sabían que yo había estado en el apartamento de Brigitte Montfort y que íbamos a subir otra vez, después que ella, que usted —miró a Brigitte— saliese. Me obligaron a entrar en un portal, y uno de ellos se quedó mirando hacia el exterior. Al cabo de unos minutos, dijo que podíamos subir, y así lo hicimos. Gracias…

Tomó la copa de aperitivo que le tendía Brigitte, bebió un sorbo, y se tranquilizó aún más.

—Bueno, pues subimos… Me dijeron que tenía que colocarme delante de la puerta, y que si la sirvienta preguntaba quién era, me presentase, y dijese que me había olvidado algo allí, que me las arreglase como fuese para que ella abriera la puerta. Bien, yo…

—No se violente, señor Davenport — murmuró Brigitte—… Personas más preparadas que usted para estas cosas han estado cediendo últimamente, bajo presiones físicas. Le comprendemos.

—La verdad es que tampoco me pareció que la cosa fuese… muy grave, no sé… Pensé que quizá querían robar aquí; tiene usted cuadros, muebles y objetos artísticos que valen una fortuna, y…

—¿Qué pasó? —se impacientó Simón.

—Pues que Peggy abrió. Me di cuenta de que miraba por la mirilla gran angular, y claro, me reconoció y abrió. Entonces, ellos me empujaron, entraron también… y, sentí un golpe en la cabeza. Todo lo que recuerdo, a partir de ese momento, es que comencé a oír un timbre, muy lejos… Me las arreglé para llegar al salón, y contesté la llamada, todavía aturdido: era la señorita Montfort, ya saben… Miren, les juro que lo siento, pero…

—Tranquilícese, señor Davenport —dijo Brigitte-—. Lo siento porque Peggy debe estar terriblemente asustada, pero no le va a pasar nada.

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Simón.

—No van tras ella, Simón, sino tras de mí.

—¿Quiere decir que ofrecerán un canje? —saltó Pitzer.

—Lo más seguro es eso — asintió la espía.

—¡Pues están locos, si piensan que vamos a cambiar…!

—Haremos lo que tenga que hacerse. Mientras tanto, creo que Simón debería acompañar al señor Davenport a su hotel…, si se encuentra usted en condiciones, naturalmente, señor Davenport. Por mí, puede quedarse aquí todo el tiempo que guste.

Davenport la miró. Miró luego a Pitzer, a Simón, de nuevo a Brigitte.

—Bueno… Vaya, no sé qué van a pensar, pero… creo que en Harrisburg están empezando a necesitarme.

—¿Ya no quiere cenar hoy conmigo? —sonrió Brigitte.

—Me encantaría… en otras circunstancias. Escuchen, yo no soy tonto del todo, ¿comprenden? De sobra sé, ahora ya sin dudas, que me he metido en un lío, y francamente, no me hace nada de gracia. Lo que me gustaría es marcharme, regresar a casa. Ya me he «divertido» lo suficiente. En cuanto a la cena, señorita Montfort, dudo mucho que usted disponga de tiempo para dedicarme, actualmente, así que esperaré con mucho gusto a que todo se normalice, y entonces será un placer invitarla. ¡Demonios, en menos palabras, no quiero ni molestar ni que acaben de abrirme la cabeza!

—Está bien, señor Davenport, le comprendemos a usted — dijo Brigitte. —. Pero vamos a pedirle un último favor: lo antes posible, le enviaremos al hotel a un dibujante, para que usted le dicte los rostros de esos dos hombres… ¿O no cree poder hacerlo?

—¡Ya lo creo que puedo hacerlo! —masculló Davenport—. ¡No se me despintarán en la vida!

—Magnífico. ¿Quedamos de acuerdo, entonces? Nosotros le enviamos el dibujante, usted dicta esos rostros, anota todo lo que vaya recordando mientras tanto, y puede regresar a Harrisburg. ¿Bien?

—Por mí, sí… Bueno, señorita Montfort, usted es… una periodista… bastante peculiar, ¿no le parece?

—Tengo la seguridad, señor Davenport, de que sabrá mantener en discreto silencio esa opinión sobre mí.

De nuevo miró Davenport de uno a otro de los espías. Soltó un gruñido, se puso en pie, y volvió a tocarse con exquisito cuidado la cabeza.

—¡Y pensar que hay gente que lo pasa bien en Nueva York! —

rezongó.

—No se desanime —sonrió la divina—: la próxima vez será mejor. Acompáñele, Simón.

—Estoy bien —aseguró Davenport—. No necesito…

—Nada de imprudencias. Y, además, le enviaremos un médico que es la discreción personificada. No tiene que preocuparse por nada, señor Davenport: está usted en buenas manos.

Segundos después, Davenport y Simón abandonaban el apartamento. Brigitte se sentó en el sofá, según costumbre, en el centro, y se sirvió un *martini*. Pitzer la contemplaba de modo escrutador, casi agresivo.

—¿Realmente cree que no le va a ocurrir nada a esa pobre muchacha?

—Estoy convencida —Brigitte sonrió, de pronto—… ¡Pobre Peggy! Seguramente, es la primera aventura de su vida. ¡Debe estar tan asustada que ni podrá creerse que eso le está sucediendo a ella! En fin, vamos a esperar la próxima llamada telefónica, tío Charlie.

—Quisiera estar tan seguro como usted de que van a llamar. Y, de todos modos, si lo que pretenden es un canje, que se lo quiten de la cabeza. No le permitiría a usted que arriesgase…

El teléfono. Brigitte terminó su sorbito de *martini*, con toda naturalidad, dejando que sonase tres o cuatro veces. Por fin, descolgó el auricular, ante la mirada desorbitada de Pitzer.

—¿Sí?

—¿…?

—En efecto, de nuevo soy yo, señor Superbrain. ¿Cuáles son las condiciones?

—¿De qué se sorprende? Ustedes no han secuestrado a mi ama de llaves para pedirme un rescate en dinero, ¿verdad? Es lógico que, después de lo que está sucediendo, yo haya comprendido la jugada. ¿Qué es lo que quieren a cambio de Peggy?

—…

—Ya. Bueno, de acuerdo.

—¿…?

—¿Otra vez se sorprende usted? Pues no veo a qué viene tanta sorpresa en un Supercerebro. Si acepto es porque sé que no tienen intenciones de matarme, así que podremos hablar. Y conversando suelo ser muy persuasiva… o razonable, según me convenga.

Además, ya me estoy cansado de este juego. ¿Dónde y cuándo nos encontramos?

—De acuerdo. Sí… Sí… Sí, sí, de acuerdo. ¿Algo más?

—Pues hasta luego — Brigitte colgó el auricular, miró a Pitzer, y dijo—: No se moleste, tío Charlie, ya que por mucho que usted diga o haga, yo acudiré a ese canje de Baby por Peggy… ¿Quiere un *martini*?

—¡Maldita sea mi estampa! — aulló Pitzer.

Capítulo IV

El lugar elegido para el canje era un camino cercano a la pequeña localidad de Bedford, al norte de Nueva York, cerca de los cruces de las carreteras 22 y 35. A1 final de aquel camino había un pequeño claro, del cual salía otro camino que, evidentemente, terminaba en la carretera 22. No podía dudarse que lo habían estudiado muy bien, muy convenientemente para ellos.

—Todas las ventajas son para ellos —refunfuñó Pitzer, sentado en la parte de atrás del coche, junto a Brigitte.

—Quien tiene las de ganar, siempre se procura las ventajas, tío Charlie — admitió calmosamente Brigitte—. Es lógico. Lo que me sorprende de esta gente es su fino instinto para valorar a las personas.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Simón, sentado ante el volante y vuelto hacia la espía.

—Lo normal sería que pensasen que una espía de las características de Baby no fuese tan… fácil de enternecer. ¿Que se habían llevado a su ama de llaves? ¡Ah, pues muy bien, que les aproveche! En cambio, parece que estaban convencidos de que yo aceptaría el canje.

Simón meditó unos segundos, antes de preguntar:

—¿Quiere decir que ya la conocen bien, que saben cómo es usted, sentimentalmente hablando?

—Así parece… ¿Qué hora es?

—Faltan tres minutos para las diez y cuarto. O sea, que tienen ya doce minutos de retraso.

—Deben estar asegurándose de que todo está bien por aquí. No tengo la menor duda de que nos han visto llegar, y que nos están observando desde la oscuridad. No nos impacientemos… Espero que dé resultado la búsqueda de esos hombres. Lo que significaría — sonrió inexpresivamente— que me encontrarían también a mí.

—¿Cree que los dos hombres cuyos rostros nos ha dictado el señor Davenport estarán cerca de usted? —alzó las cejas Simón—. Yo creo que los van a eliminar, como hicieron con David Goodall, al que usted había visto. Goodall debió informar que los otros dos habían muerto en el estudio fotográfico, y que él estaba herido. Le dijeron que esperase en su apartamento, que le iban a enviar a un médico… y le enviaron a su verdugo. Lo mismo harán con estos otros. No sólo los vio el señor Davenport, y tenemos ahora sus fotos-robot, de las que hemos hecho cientos de copias, sino que también los vio el portero de su edificio… Y naturalmente, Peggy, con la cual debieron salir como acompañándola, con toda tranquilidad.

Brigitte asintió, y quedó pensativa. Sí, Simón tenía razón… O cuando menos, tenía lógica. Parecía bien claro que Superbrain se deshacía de sus hombres cuando éstos representaban un peligro, una pista que podía conducir hasta él. De todos modos, Calvin Davenport había dictado los dos rostros, con gran detalle, y quizá esto diese resultado.

Aunque, más que en esto, Brigitte confiaba en el pequeño emisor de señales que se había tragado, y que, con el calor de su estómago, estaba ya funcionando. Para la CIA, todo el trabajo destinado a localizarla después del canje consistiría en poner en marcha el receptor de señales, hasta captar la del diminuto emisor. Claro que esto podía llevar algún tiempo, pues la potencia del emisor alcanzaba solamente media milla, es decir, que para encontrarla debían primero acercarse a no más de media milla del lugar donde ella estuviese. Deberían utilizar coches y helicópteros, describiendo círculos hasta captar la señal, y luego, ir estrechando cada vez más el círculo…

Alzó la cabeza, de pronto. La luz de la luna iluminaba el pequeño claro, y daba un tono de plata a las copas de los árboles que los cercaban. Todo parecía igual, en silencio, rodeado de sombras…, pero tres segundos más tarde, Simón se erguía en el asiento.

—Me parece que oigo un motor — musitó.

—Sí —asintió Brigitte—. Ya llegan.

En efecto. Pocos segundos después, vieron las luces de un coche llegando por el camino que desembocaba en la 22. Llegó el coche, se metió en el claro, dio la vuelta, y quedó encarado al camino por

el que había llegado. Lo que significaba que estaban preparados para salir de allí a toda prisa.

—Han tardado lo suyo en convencerse de que no hemos preparado ninguna trampa — masculló Pitzer.

—Comprenda usted —sonrió fríamente Brigitte— que se les debe hacer un poco difícil de creer que Baby se entregue así, tan… sencillamente. Es lógico que tomen precauciones.

Las luces del otro coche se habían apagado. Todas, de modo que ni siquiera podían ver la matrícula, lo cual hizo sonreír de nuevo a la espía internacional. Una sonrisa un tanto forzada, porque sabía perfectamente que en espionaje las cosas nunca son tan simples. Aquella gente parecía simple, incluso ingenua…, lo que podía demostrar que eran precisamente todo lo contrario.

Un hombre se apeó del coche recién llegado, y abrió la portezuela de atrás, del lado que veían desde su coche Brigitte y sus amigos… Enseguida apareció Peggy, que pareció dispuesta a echar a correr hacia el coche de la CIA. Pero el hombre la sujetó de un brazo, y se quedó esperando.

—Bueno, queridos — murmuró Brigitte —, hasta la vista.

Ni Pitzer ni Simón contestaron. Ella los miró, sonrió y salió del coche, con el maletín rojo con florecillas azules en la mano izquierda. Hacía un poco de frío, no demasiado… Del otro coche se había apeado otro hombre, que se colocó junto al primero, con la mano derecha en el bolsillo.

Baby recorrió calmosamente la distancia que los separaba, cruzando el claro, cuidando de no tropezar con las piedras, o meter el pie en un agujero. No estaba en absoluto impresionada, no sentía nada, ni el más leve temor.

«Me estoy convirtiendo en una máquina», pensó, estremecida.

Cuando estaba a pocos pasos del coche, el hombre que sujetaba a Peggy la soltó, y ésta se abalanzó hacia Brigitte, se abrazó a ella, y comenzó a sollozar y a hablar entrecortadamente. La espía la abrazó también, con el brazo libre.

—Bueno, bueno, Peggy, ya se ha solucionado… Vamos, vamos, querida, no es momento de llorar.

—Se-señorita, es…, es horrible to-todo esto…

—Tranquilízate, mujer. ¿Estás bien?

—Sí, sí… No me han hecho daño alguno…

—Me alegro mucho. Anda, ve con tío Charlie.

—¡Señorita, no vaya con estos hombres, no vaya…!

—Tengo que hacerlo, querida. Seguramente, hay más hombres por aquí cerca, vigilando mi reacción. Si ahora quisiéramos dárnoslas de listas, nos acribillarían.

—Dios mío… ¡Dios bendito…!

—No te preocupes. Ve a casa y olvídalo todo. Yo volveré pronto.

Uno de los hombres emitió una risita, sólo eso, pero fue suficiente para que Peggy comenzase a lloriquear de nuevo, sin separarse de Brigitte, aferrándose a ella convulsivamente, con una tenacidad admirable. Brigitte casi tuvo que recurrir a la fuerza para apartarla, por fin.

—Bueno, ya está bien, Peggy…

—¡Llamaré al señor Uno, le diré…!

—No harás semejante cosa. Te lo prohíbo expresamente, ¿comprendes? Nada de avisar a Uno. No quiero asustarle, así que él debe ignorar esto. Me enfadaría mucho contigo, si me desobedecieses, Peggy.

—Pe-pero él… ¡él la salvaría, estoy segura…!

—Por supuesto. Pero, en esta ocasión, me las arreglaré sola para pasar la factura de cuatro Simones. Adiós, querida.

Le dio un beso en cada mejilla, sonriendo al notar la copiosa humedad de la llorosa Peggy, y la empujó. Peggy parecía no poder caminar, pero Brigitte le hizo un gesto hacia el coche, y la muchacha se fue alejando, volviendo la cabeza, deteniéndose… Baby movió la cabeza, y, sin más, se metió en el coche. Junto a ella se sentó uno de los hombres, que le quitó el maletín y lo pasó al que iba delante, de nuevo sentado ante el volante. Las manos del hombre recorrieron expertamente el cuerpo de la espía.

—Está bien —dijo—, vámonos.

El coche se puso en marcha, enfilando el camino. Para entonces, y sólo con la luz lunar, Brigitte ya había identificado a los dos hombres: eran los que, con tanto detalle y acierto, había descrito Calvin Davenport al dibujante de la CIA que le había visitado en el hotel, o sea, los mismos que habían secuestrado a Peggy.

—Lo siento por ustedes —dijo, de pronto.

—¿Eh? ¿Qué?

—Digo que lo siento por ustedes: no van a vivir mucho.

—Es graciosa, la tía buena ésta —rió el del volante—: la llevarnos al matadero, y todavía tiene agallas para amenazarnos.

—No me han entendido — dijo con indiferencia Brigitte —: no soy yo quien los va a matar, sino su jefe.

Los dos hombres soltaron un bufido despectivo, y eso fue todo. Brigitte encogió los hombros, y se dedicó a mirar por la ventanilla. El camino era estrecho, casi habría podido tocar los árboles que lo flanqueaban si hubiese sacado el brazo por la ventanilla… Era una noche fresca, pero clara, hermosa. Aunque, de todos modos, seguro que el cielo de Malta, sobre «Villa Tartaruga» debía estar más claro, y las estrellas debían brillar más allí. Por un instante, a Brigitte le pareció oler las flores de la villa de Número Uno, y el salitre del cercano mar…

El coche comenzó a rebotar, de pronto. Se habían salido del camino, y viajaban ahora a campo través, sorteando los pinos, rebotando sobre piedras y ramas rotas.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —dijo el hombre que iba a su lado.

—Oh, sí: enorme.

—Esto es por si sus amigos nos están esperando en la carretera. ¡Jo, jo, nunca llegaremos allá!

—¡Pobres! —movió la cabeza Brigitte—. Se van a llevar un buen chasco.

—¡Y de los grandes! Adivine qué vamos a hacer ahora.

—Mmm… Déjeme pensar… ¿Vamos a trasladarnos a un helicóptero?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó el hombre.

Brigitte le dirigió una apacible mirada, y no contestó. Por un momento, había tenido la tentación de decirle que los iban a trasladar a un submarino, pero no tenía ganas de bromear…

—¡Le he preguntado que cómo sabe eso!

—No lo sabía —explicó amablemente—, pero si usted me lo sugiere, tiene que ser un helicóptero, ya que no puede ser un submarino, ¿verdad? Y cambiar de coche es una tontería.

—Se las da usted de lista, ¿eh?

—No he pretendido molestarle.

Santo Dios, pensó, aquellos hombres eran dos pobres diablos. No apostaría por sus vidas ni un centavo. ¿Cómo se atrevía Superbrain a utilizar a semejantes retrasados mentales? Eran tipos de los que

seguramente sabían muy bien cómo robarle el bolso a una anciana, pero poco más…

El coche se detuvo, y el conductor se volvió hacia ella.

—¡Pronto, salte, vamos!

Brigitte salió rápidamente del coche, al tiempo que lo hacía el conductor; detrás de ella salió el otro, y los tres caminaron rápidamente hacia donde se veían los destellos de una linterna. Llegaron en pocos segundos, y Brigitte miró con desconfianza el pequeño helicóptero que debía hacer varios días que tenían allí esperando, escondido.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre de la linterna.

—Claro. Aquí está la pájara. Es una cachonda fenomenal.

—Está bien. Aquí tenéis el dinero. Ahora, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Seguro que sí —rió el que tomó el portafolios.

Se despidieron con un gesto, y emprendieron el regreso al coche. Brigitte se desentendió por completo de ellos, para dedicar toda su atención al hombre de la linterna, al que apenas podía ver. Pero, además, no habría podido verle el rostro aunque hubiesen estado a plena luz, pues el hombre llevaba la cabeza cubierta con una capucha, que mostraba dos orificios para los ojos, nada más.

—Suba al helicóptero —dijo el hombre.

—¿Está usted solo? —se sorprendió Brigitte.

—No —dijo una voz desde la oscuridad —: estamos también nosotros, señorita Montfort.

La espía asintió, y fue hacia el helicóptero. Subió a éste y se volvió a mirar al encapuchado. Habían aparecido dos más, que se acomodaron en el aparato antes de que lo hiciese el primero, el de la linterna. Bueno, el nivel de sus enemigos iba subiendo, era indudable.

—¿Qué hay en el maletín? —preguntó el primer encapuchado—. ¿Realmente lo necesita?

—Sí.

—Está bien. De todos modos, no va a poder engañarnos…

Las aspas del helicóptero comenzaron a girar, y, segundos más tarde, el aparato se elevaba. Enseguida, Brigitte vio a los dos retrasados mentales, llegando al coche. Los vio meterse dentro, el coche comenzó a rodar…, y de pronto, reventó, rodeado de una roja

llamarada intensísima, lanzando vidrio pulverizado y chapa metálica retorcida a todos lados. El calor de la explosión llegó al pequeño helicóptero, y la onda expansiva lo zarandeó un instante…

—Eso les pasa por desconfiados —dijo Brigitte.

—¿Perdón? —dijo uno de los encapuchados.

— Digo que, si no hubiesen querido convencerse de que el dinero del pago de sus servicios estaba en el maletín, todavía estarían vivos.

—Ah, sí. Pero ya ve: no es bueno ser codicioso.

—Usted es del Sur, ¿verdad? De Nueva Orleans, o por ahí cerca.

El hombre pareció quedarse mudo. Sus ojos brillaban, como extrañas luces en la capucha oscura. Ya no se habló más. El helicóptero tomó altura, y comenzó a alejarse… Pero apenas viajaron diez minutos. De pronto, comenzaron a descender, y Brigitte dejó de ver el resplandor de las luces de Nueva York. Los árboles lo ocultaron todo… El helicóptero quedó frente a un pequeño chalé, en cuyo interior se veía luz.

—Os espero aquí, por si ocurre algo —dijo el piloto—. Pero me parece que no nos ha seguido nadie. Llevadla al examen.

Entraron en la casa. Había tres hombres allí, también encapuchados. Uno de ellos se hizo cargo del maletín rojo con florecillas azules, lo colocó sobre una mesita que ya debía estar preparada con tal fin o parecidos, y, provisto de un detector, comenzó a examinar meticulosamente el contenido. Los otros dos llevaron a Brigitte a un cuarto, cuyo contenido sorprendió verdaderamente a la espía internacional: un aparato de Rayos X.

—Desnúdese —dijo uno de los hombres.

El otro se quedó apuntándola con una pistola. Brigitte casi sonrió. En aquel mismo instante, podía haberse librado de aquellos dos hombres con toda facilidad… Pero lo que hizo fue desnudarse completamente, quedando sólo con los zapatos.

—Los zapatos también —dijo el de la pistola.

Una vez estuvo absolutamente desnuda, el otro salió del cuarto, llevándose todas las prendas de Brigitte. Regresó a los pocos segundos, y señaló el aparato de Rayos X. Para entonces, la espía había comprendido ya la jugada, pero de ninguna manera pensaba echarse atrás. Se colocó tras la pantalla del aparato, la luz fue apagada, quedando sólo un leve resplandor rojo. Ante ella, la

pantalla comenzó a moverse arriba y abajo. Las frías manos del hombre que la manejaba tocaban de cuando en cuando algún punto del espléndido cuerpo dorado que tenía delante, pero sin emoción alguna, sin el más mínimo síntoma de lujuria o placer. No podía quedar ni la más pequeña duda de que era médico.

—Salvo que usted sepa de otro medio menos molesto —dijo, de pronto, el médico—, voy a tener que administrarle un fuerte laxante.

—¿Por qué? —preguntó Brigitte.

—Porque hay algo en su estómago que quiero que expulse. No dudo que usted sabe muy bien de qué se trata.

—Sí. Es un emisor de señales.

—Bueno, pues tendrá usted que tornarse el laxante, salvo que disponga de otro medio.

—No, no dispongo de otro medio.

Las frías manos dejaron de tocarla. Se encendió la luz, y el encapuchado médico fue a un armarito de cristal, tomó una botellita, y se volvió hacia Brigitte.

—Venga conmigo.

Fueron al cuarto de baño donde Brigitte, bajo la amenaza de la pistola, ingirió el laxante.

—Es de efectos muy rápidos —explicó el médico—, y espero que no le causará demasiadas molestias. Cuando termine, salga… Y por favor, no pretenda engañarnos, ya que queremos ver el emisor, y además volveré a mirarla con los Rayos X.

Los dos hombres salieron del cuarto de baño. Uno se quedó ante la puerta, y el otro, el médico, fue al saloncito. Se acercó a la mesa, sobre la cual estaba extendido todo el contenido del maletín de la espía.

—¿Qué? — preguntó.

—Solamente he encontrado dos sistemas de comunicación, dos pequeñas radios, una de ellas disimulada en un paquete de cigarrillos. Esta mujer es asombrosa… Lleva documentación a nombre de Lili Connors, Galina Cherkova, Monique Lafrance… Dinero en moneda de varios países, una pistolita extraña… Dos pelucas que caben en diminutas bolsitas, míralas… Y mira esto —el que hablaba apretó el mango de un cepillo para el cabello, y del extremo sobresalió la acerada hoja del estilete—. Me pregunto si

lleva más trucos, pero yo no soy capaz de descubrirlos. Eso es todo.

—Ponlo todo como estaba. Le entregaremos el maletín completo a Superbrain. Naturalmente, las radios están desconectadas.

—Claro, ¿Le habéis encontrado algo, vosotros?

—Un emisor de esos que funcionan a pilas con el calor del estómago. Lo está expulsando ahora.

—¡Divertida situación para tan hermosa chica! —rió el otro—. Las ropas no tienen nada, ni los zapatos. Todo normal. Caramba, me gustaría verla desnuda.

—La haremos venir aquí, cuando termine.

Veinte minutos más tarde, Brigitte Montfort llegaba al saloncito, procedente del cuarto de baño y, de nuevo, del cuarto donde la habían mirado otra vez con el aparato de Rayos X. El encapuchado médico colocó el pequeño emisor en el maletín, y, tras cerrar éste, lo entregó al hombre de la pistola. Contemplada por aquellos hombres, la divina espía se vistió, en silencio, indiferente a todo, aunque se la veía un poco pálida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el médico, cuando terminó de vestirse.

—No demasiado — le miró fríamente ella —, pero ya se me pasará.

—Siento lo del laxante, pero usted se lo buscó. Bien, ya podéis llevárosla.

Uno de los encapuchados se acercó a Brigitte, y le puso una capucha como la que llevaban todos ellos…, sólo que sin agujeros para los ojos.

Decididamente, la situación iba tomando un cariz cada vez más serio y preocupante.

Capítulo V

El resto del viaje no lo hicieron en helicóptero, sino en otro coche, en el que permanecieron nada menos que cinco horas, con lo que la espía quedó totalmente desorientada: no sabía si realmente la llevaron a un lugar que distaba cinco horas del chalé, o bastante menos, pero al que llegaron tras dar varias vueltas precisamente para que ella se desorientase, lo cual consiguieron plenamente.

Por fin, la hicieron apearse, y caminó, tomada del brazo por un hombre. Al poco, oyó retumbar el suelo bajo sus pies, y comprendió que estaba caminando sobre tablas. Luego ascendió un poco, por un plano inclinado, y de nuevo volvió a notar resonancia bajo sus pies: estaban en una embarcación. Un minuto más tarde, tras bajar escaleras, oyó abrirse una puerta, la empujaron suavemente, y oyó cerrarse la puerta. Entonces, se quitó la capucha. Se encontró a oscuras, salvo la luz de la luna, en una pequeña ventana circular. Era el portillo del camarote de un yate, evidentemente. Localizó el interruptor de la luz, la encendió, y, en efecto, vio que estaba en un camarote.

Probó a abrir el portillo, pero estaba soldado, de modo que sería imposible. La puerta del camarote había sido cerrada con llave.

Brigitte Baby Montfort, se resignó a su celda, que por otra parte era casi lujosa. Calculó que debían ser alrededor de las tres de la madrugada, y, puesto que nada podía hacer, por el momento, optó por lo más sensato que sí podía hacer: se acostó en la litera, y, segundos más tarde, dormía apaciblemente.

Por tres veces salió el sol antes de que hubiese novedades para la prisionera. Finalmente, cuando llevaba encerrada allí cincuenta y seis horas, según sus cálculos, la monotonía terminó. La habían estado tratando muy bien, con buena. comida, champaña, cigarrillos, café y licores… Incluso le habían dejado un «cassette» a pilas y varias cintas con música clásica, y algunos libros y

periódicos. Siempre entraban tres encapuchados, que hablaban lo imprescindible; es decir, hablaba sólo uno, siempre el mismo, mientras los demás la vigilaban muy atentamente, pistola en mano. Evidentemente, estaban muy bien advertidos de su peligrosidad, así que no se descuidaban lo más mínimo. Aunque podían haberse ahorrado tanta molestia y precauciones, porque Brigitte estaba dispuesta a llegar hasta el centro del asunto, lo que significaba que, por el momento, la espía más peligrosa del mundo no tenía intención de escapar. Leía, dormía, escuchaba música, miraba la extensión de agua por la portilla… Eso era todo.

Hasta que aquella mañana recibió la visita.

La visita eran cinco muchachas preciosas, elegantes, de cuerpo espléndido. Todas ellas tenían el cabello largo y negro, suavemente ondulado; los ojos grandes, el cuello esbelto y fino… Brigitte se dio cuenta de que tres de ellas llevaban el cabello teñido, pero en conjunto, se podía decir que se parecían aceptablemente a ella, en líneas generales.

Fueron traídas unas sillas para las muchachas que, una vez sentadas, se quedaron mirando a Brigitte, la cual, a su vez, miró interrogante, al encapuchado que siempre hablaba.

—¿Vamos a tomar el té? —preguntó.

Hubo un destello de risa en los oíos del hombre, que movió la cabeza.

—Sólo son las once y media de la mañana, así que es algo pronto para eso, Baby. Ahora, tenga la bondad de caminar de un lado a otro, hablando.

—¿De qué tengo que hablar?

—De lo que usted quiera.

Brigitte asintió con la cabeza, encendió un cigarrillo, y comenzó a caminar por el camarote, atentamente observada por las cinco muchachas y por los tres encapuchados armados…

—Evidentemente —comenzó—, estamos ante un caso de proyectada usurpación de personalidad. Estas cinco jovencitas tienen un cierto parecido conmigo, si tenemos en cuenta sólo el primer vistazo. En circunstancias de poca visibilidad, podrían dar muy bien una imagen que podría ser confundida con la mía. En el caso de que tuviesen que dejarse ver mejor, les bastaría ponerse unas lentillas de contacto de color azul para parecerse aún más a

mí. Sin embargo, el engaño en este caso duraría poco, si las personas que viesen a estas jovencitas ya me conocían a mí. Lo que nos lleva a dos conclusiones, en principio… Una, que las personas que las verán no me conocen a mí. Dos, que además las verán de lejos. Con todo esto, si más adelante me ven a mí, o fotografías mías, no vacilarán en decir que la muchacha que vieron en determinado lugar y circunstancias, era yo.

Se detuvo en el centro del camarote, mirando con amable socarronería a las cinco muchachas, que la miraban y escuchaban con gran atención.

—Siga, por favor, Baby —instó el encapuchado.

—Sí, con mucho gusto. Como he dicho al principio, se trata de usurpar mi personalidad. Ahora están viendo cómo camino, escuchan mi voz, por si tuviesen que decir alguna palabra o frase que pueda ser característica de mi modo de expresarme… Aunque me atrevo de decirles que eso sería muy arriesgado. Vale más que para mantener… o tan sólo intentar el engaño, se mantengan a distancia de las personas a las que pretendan hacer creer que me han visto a mí. Digo esto porque hace va tiempo un chiflado llamado «Kao» consiguió hacer de mí un duplicado físico mucho más perfecto que ustedes, pero sus planes no se cumplieron, porque es imposible hacer un duplicado de mí. Más difícil tiene que ser, lógicamente, hacer cinco. Es que, damas y caballeros, hay algo mucho más difícil de conseguir que unos cabellos negros y unos ojos azules: me estoy refiriendo al cerebro. Es muy posible que, con un aspecto físico aceptablemente parecido al mío, puedan ustedes engañar a algunas personas, pero hay otras que JAMAS creerán que Baby ha hecho tal o cual cosa. Y no lo creerán porque conocen, yo diría que perfectamente, el funcionamiento de mi cerebro. Así, por ejemplo, aunque yo misma le quitase el caramelo a un niño, determinadas personas dirían: no, ésa no es ella, eso no lo ha hecho ella. Habrían visto mi cuerpo haciéndolo, pero dirían que no lo había hecho. Ello, porque saben que mi cerebro jamás movilizaría a mi cuerpo en ese sentido. Ahora, hablemos del aspecto físico, es decir, del… uso que puedan hacer estas jovencitas con sus cuerpos, pretendiendo hacer creer que no son ellas, sino que son yo. Por ejemplo, yo puedo disparar con una pistola contra una lenteja situada a veinticinco metros, y acertarla. Si ellas se ven obligadas a

disparar, les va a ser muy difícil lograrlo. Otro ejemplo puede ser el modo de correr… Generalmente, las mujeres no saben correr; claro está, me refiero a las mujeres no atletas. Yo sí sé correr, y lo hago sin dar saltitos ni agitar mis carnes: simplemente, corro. ¿Podrán estas jovencitas correr, de verdad? Otro aspecto de la personalidad que ustedes pretenden usurpar es… el «modus operandi». Sea lo que sea lo que yo tenga que hacer dispongo de un… estilo propio, ya conocido; puedo hacer las cosas con sencillez, o bien, tan complicadamente que algunas personas ni lo entenderían. Pero siempre, siempre, al final se nota que las he hecho yo. Digamos que ocurre determinada cosa en alguna parte, y que nadie me ha visto a mí por allí: sin embargo, en vista de lo que ha sucedido, algunas personas dirían, sin la menor vacilación: eso lo ha hecho Baby… ¿Me van comprendiendo, jovencitas?

—Sí —dijo una de ellas, sonriendo—. Es usted muy amable, nos está facilitando mucho las cosas.

—¿Realmente lo cree así? —sonrió también Brigitte—. Bueno, es usted realmente ingenua. Estoy pensando que, si me dijesen de qué se trata, podría ayudarlas mejor. ¿Qué es, exactamente, lo que tienen que hacer ustedes y que debe parecer que lo he hecho yo?

—Pues debemos…

—¡Silencio! —se adelantó impetuosamente uno de los encapuchados que hasta entonces no había hablado en ningún momento—. Nada de darle explicaciones. Es ella quien debe hablar.

Brigitte volvió la cabeza hacia este encapuchado, y estuvo unos segundos mirando con gran atención sus ojos, que era todo lo que podía ver. Luego miró la mano con la que empuñaba la pistola, y, de modo especial, la sortija que llevaba en el dedo meñique, con una pequeña piedra roja. Miró sus ropas, sus zapatos.

—¿Qué mira usted? —gruñó el hombre.

La divina espía movió la cabeza, como quitando importancia a la cosa, y se encaró de nuevo con las cinco muchachas.

—Es fácil comprender que, sea lo que sea que tengan que hacer, no será nada bueno, así que les aconsejo que lo piensen bien…

—¿Cómo puede usted saber si va a ser algo bueno o algo malo? — preguntó otra de las muchachas.

—Encanto, si se tratase de hacer algo bueno, no habrían recurrido a ustedes, ya que podrían habérmelo pedido a mí

directamente, en la completa seguridad de que no me negaría… y, por supuesto, que lo haría mucho mejor que ustedes cinco juntas.

—Usted es una engreída —dijo otra de las muchachas.

—Es cierto — admitió Brigitte—. Pero mi engreimiento está basado en realidades indiscutibles. Por ejemplo, un hombre puede estar engreído por creerse guapo, y no serlo realmente, de modo que su engreimiento es una estupidez. Mi caso es diferente, porque yo sólo me vanaglorio de las cosas que sé positivamente que son auténticas en mí. Por ejemplo; soy más elegante, culta, hermosa e inteligente que ustedes. Esto es algo que se podría probar. Entonces, mi engreimiento, que admito, está justificado. ¿Les gustaría escuchar alguna de mis aventuras, para que se vayan haciendo una idea de a quién están pretendiendo imitar?

—Buena idea —aceptó una de las muchachas.

—Naturalmente. Bien, puesto que antes les he hablado de «Kao», y de que consiguió un perfecto duplicado físico de mí, voy a relatarles lo que sucedió, y ya me dirán luego si en verdad se consideran capaces de hacer algo parecido. Veamos, yo estaba…

Hacia la una del mediodía, Brigitte Baby Montfort había explicado, a su manera, con enorme cantidad de mentiras y fantasías, no sólo aquella aventura, sino un par más, aparte de hablarles de la situación política mundial, las mentiras del espionaje, la dulzura de la música del violín, la majestuosidad del vuelo del águila americana, el hambre en el mundo, la corrupción política…

Su auditorio, simplemente, permaneció inmóvil, escuchando, dejando pasar el tiempo, observando atentamente a la bellísima mujer que paseaba tranquilamente, que se comportaba como si estuviese en una reunión de amigos, qué sabía de todo… Y el objetivo de la espía más astuta del mundo se cumplió; cuando las muchachas y los encapuchados salieron del camarote, una de ellas susurró:

—Es imposible… ¡No podremos engañar a nadie!

—A nadie que la conozca — dijo el encapuchado de la sortija con la piedra roja —. Pero sí a otras personas. Además, vuestros trabajos nunca requerirán precisamente conversación, ni contactos cercanos, así que comenzad a estudiar con los datos que habéis obtenido.

—Jenny tiene razón… —dijo otra—. Esa mujer es imposible de imitar bien.

—No os dejéis impresionar, pues eso es lo que ella ha pretendido. Estudiad bien lo que habéis visto, y recordad que con sólo imitarla un poco bien en sus gestos y dejaros ver, todo será fácil. Ahora vamos a almorzar, luego descansáis un poco, y, a media tarde, empezáis a ensayar: no olvidéis que el jefe vendrá al yate cuando anochezca.

Al anochecer, en efecto, un hombre llegó, en coche, al embarcadero cerca del cual estaba anclado el yate. Estuvo unos segundos esperando, captó la señal con la linterna, y entonces se puso la capucha, se apeó del coche, y fue al embarcadero. Un bote de goma fue echado al agua desde el yate, y un hombre lo condujo hasta el embarcadero, recogió al encapuchado, y regresó.

Poco después, Superbrain estaba frente al encapuchado de la sortija, que sostenía en la mano la pequeña linterna.

—¿Todo va bien? —preguntó en seguida.

—Supongo que sí… Pero esa mujer es una zorra: desanimó a las chicas con mucha facilidad. Desde luego, tengo que admitir que posee una personalidad impresionante.

—Sin la menor duda. ¿No ha intentado escapar? ¿Ningún problema?

—Ninguno. Es dócil y simpática, de un modo que nos tiene a todos sorprendidos. Relacionarse con una mujer así ha de ser un grandioso placer. Y no digamos vivir con ella… Es fantástica.

—Lo sé… —rió Superbrain—. Lo sé perfectamente. Pero mucho cuidado con ella, Haggard. Bien, vamos a ver a las chicas.

Bajaron al camarote donde estaban las cinco imitadoras, y, a una orden de Haggard, comenzaron a caminar por el camarote, haciendo gestos, moviendo la cabeza… Una tras otra fueron haciendo sus demostraciones de habilidad imitativa. Cuando terminaron, se quedaron mirando al encapuchado que dirigía la operación, esperando su veredicto.

Y éste fue el veredicto:

—He asistido a una de las mayores chapuzas que podría haber imaginado. Entended bien esto: dentro de nueve días todo va a ser puesto en marcha, y, para entonces, debéis haber mejorado muchísimo en esas imitaciones. Por ahora, simplemente, son unas

porquerías… Vamos ahora a verla a ella.

Salieron Superbrain y Haggard. En el saloncito del vate estaban dos de los tres hombres que, con Haggard, formaban el grupo que controlaban el yate. El otro estaba arriba, en cubierta, siempre atento.

A una seña de Haggard, los dos se acercaron, y se encaminaron por el pasillo hacia el camarote ocupado por Brigitte. Delante de la puerta, Superbrain se alzó la capucha sólo lo justo para poder introducirse en la boca un pequeño disco metálico con perforaciones. Miró a Haggard y preguntó:

—¿Se cambia realmente la voz o este aparato es una tontería?

—Su voz ha cambiado, no se preocupe — aprobó Haggard.

Abrió la puerta, sacó la pistola, y entró, Brigitte estaba sentada en el borde de la litera. Junto a ella tenía el «cassette», del que brotaba música en tono suave. Estaba ya mirando hacia la puerta, y sonrió amablemente al ver a sus visitantes.

—Hola —saludó—. ¿Ya es la hora de la cena? Oh, me parece que tengo un nuevo carcelero, ¿no es así?

Los cuatro hombres entraron, la puerta fue cerrada.

Superbrain se quedó mirando a Brigitte que se había puesto en pie.

—Señorita Montfort —dijo con extraña voz de tono metálico—, voy a rogarle que no nos obligue a ser violentos con usted.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió la divina.

—He visto lo que han… aprendido esas cinco tontas, y he comprobado que usted las ha estado engañando.

—¿Engañando? ¿En qué sentido?

—Se mueven como si fuesen estrellas de cine en una rueda de prensa con cientos de fotógrafos. O sea, lo más opuesto a como verdaderamente se desenvuelve usted.

—Entiendo… —la sonrisa de Baby pareció congelarse—. Eso significa que usted me conoce personalmente, ¿no es así? Bueno, era algo que tenía curiosidad por saber, señor… Superbrain. ¿O no es usted el fantoche que se hace llamar Superbrain?

Haggard no pudo evitar una ahogada exclamación… ¿Aquélla era la misma mujer con la que había estado tratando durante dos días casi completos?

—Su descaro no va a impresionarme —replicó Superbrain—. En

efecto, nos conocemos, y yo soy Superbrain. Espero que admita que hasta el momento ha sido tratada amablemente, pero le advierto que, si continúa tomándoles el pelo a esas muchachas, la cosa va a cambiar para usted… Empeorando, se entiende.

—Está bien. Es posible que me decidiese a colaborar de un modo más sincero si usted también se sincerase conmigo, Superbrain.

—¿Sincerarme? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué es lo que está preparando usted? Según entiendo, la agente Baby debe ser mencionada en el asunto, y eso quizá le cueste a usted un gran fracaso. En cambio, si conversamos inteligentemente, es posible que lleguemos a un acuerdo.

—Claro que no. Usted jamás aceptaría apoyar mis planes. Lo sé positivamente, sin la menor duda.

—Bien… De donde se desprende que una vez yo haya… instruido a sus chicas, y ellas me hayan estado viendo unos días para tomarme como modelo lo mejor posible, seré eliminada. ¿Cierto?

—Tal vez.

—Si lo está haciendo por dinero, yo podría pagarle más que nadie.

—¿De veras? Diga una cifra, por ejemplo.

—Mmm… Podría conseguirle incluso unos… quinientos millones de dólares.

Los tres encapuchados que acompañaban a Superbrain respingaron fuertemente, pero éste ni se alteró.

—Es absurdo que usted pretenda hacerme creer que tiene quinientos millones de dólares.

—No los tengo. Pero podría reunirlos, en muy poco tiempo. Tengo amigos que los aportarían, de buena gana. Incluso más… Digamos que podría reunir hasta mil millones de dólares.

—Sigue siendo poco —replicó irónicamente Superbrain—. Mil millones de dólares es una tontería, comparado con lo que este asunto va a proporcionarnos.

—Ah, ¿no está usted solo? Deben ser un buen grupo de listos, ¿verdad?

—Francamente, no creo que seamos tontos.

—Admirable… Pero cuénteme, cuénteme… ¿De qué se trata?

—Sus argucias no van a servir de nada en este yate —replicó

Superbrain—. No va a recibir información de ninguna clase, ni facilidades para nada. Lo único que va a recibir serán muy malos tratos, si continúa con su juego de engañar a esas muchachas. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Pues eso es todo.

Superbrain dio media vuelta, uno de los encapuchados abrió rápidamente la puerta, y salió del camarote. Los demás salieron tras él, cerrando la puerta el último. Superbrain esperó a ver cómo cerraba con llave, aprobó con un gesto, y se alejó por el pasillo.

—Volveré dentro de dos o tres días, y quiero ver a esas muchachas imitando mucho mejor a nuestra invitada, Haggard. Y muchísimo cuidado con ella: no me cansaré de repetir que es capaz de cualquier cosa.

— No hay problema — aseguró Haggard, el de la sortija.

—Así lo espero. Y otra cosa: ¿por qué no está atada o encadenada esa mujer?

—¿Lo considera necesario? —se sorprendió Haggard—. Está en un camarote con la puerta cerrada, la portilla inutilizada, y somos cuatro hombres escalonados desde el camarote hasta la cubierta, todos armados…

—Haggard: esa mujer lleva varios años burlándose de los servicios secretos más importantes del mundo, ha vencido a los mejores espías, ha sobrevivido a situaciones que nosotros no sabríamos ni siquiera cómo afrontar. Todas las precauciones son pocas.

—De acuerdo. Me ocuparé de eso, no se preocupe.

—Mantenedla siempre bien atada y vigilada, y soltadla sólo cuando estéis todos presentes y ella tenga que dar su… lección a las chicas. Volveré por aquí dentro de un par de días, a ver cómo van las cosas.

Poco después, Superbrain abandonaba el yate. Haggard esperó a que regresase con el bote el hombre que lo había llevado al embarcadero, y los cuatro bajaron al saloncito.

—Deberíamos zarpar ya —dijo uno de ellos.

—Esperad un momento, tengo algo que proponeros — dijo Haggard —. Ha quedado bien claro que la señorita Montfort está destinada al sacrificio, después que haya cumplido su cometido de

enseñar a esas cinco chicas, ¿no es así? Y yo pregunto: ¿no os parece demasiado hermosa para morir… sin haber gozado un poco más de la vida?

—Ten cuidado, Haggard — respingó uno de los encapuchados —. La idea de violarla la hemos tenido todos, pero las advertencias de…

—Esperad que os explique lo que he pensado. El propio Superbrain me ha ordenado que la atemos bien, de modo que…

Haggard explicó su plan. Cuando terminó, hubo unos segundos de silencio. Por fin, uno de sus compañeros movió la cabeza.

—No tenemos necesidad de complicarnos la vida. Si queremos jaleo, tenernos a esas cinco elementos, que estarán encantadas de…

—Eso es escoria, comparadas con la prisionera —insistió Haggard—. Por otra parte, no hay peligro. La engañaremos, y mientras cada uno de nosotros, siempre llevando mi anillo para que ella, al verlo brillar en la oscuridad, crea que siempre es el mismo, hace lo que tiene que hacer, siempre estaremos dos en el pasillo, atentos a cualquier contratiempo, y otro, arriba. La engañaremos, y ella no dirá nada a Superbrain… De todos modos, cuando quisiera decirlo, al ver que la habríamos engañado, ya no importaría, porque habría llegado la hora de su muerte.

Todavía hubo una breve discusión, pero se llegó a un acuerdo. Minutos más tarde, los cuatro entraban en el camarote de la prisionera, provistos de cuerdas. Brigitte, que estaba mirando hacia el agua por la portilla, se volvió, comenzó a sonreír, y frunció el ceño al ver las cuerdas.

—¿Es necesario? — preguntó.

—Lo siento — dijo uno de los encapuchados —, pero son órdenes de Superbrain. Debemos atarla, y soltarla para comer y acompañarla a sus necesidades; y para dar clases a las chicas, claro.

—Está bien. ¿Y la cena?

—Todavía tardará una hora. Mientras tanto, tenemos que atarla… Tiéndase en la litera boca arriba.

Brigitte obedeció, con gesto indiferente. Mientras dos de los encapuchados la apuntaban con sus armas, los otros dos procedieron a atarla a los cuatro barrotes de la litera, de modo que quedó con las piernas y los brazos abiertos, formando una equis.

—De modo que se acabaron los buenos tratos — murmuró ella.

—Lo sentimos mucho, pero se nos ha insistido mucho en que usted es demasiado peligrosa para concederle la menor oportunidad.

—¿Qué harían ustedes con quinientos millones de dólares? —deslizó Brigitte.

—Nada —rió el encapuchado—, porque no viviríamos el tiempo suficiente para gastar ni siquiera un centavo. Está perdiendo el tiempo, si pretende sobornarnos.

—Pónganse de mi parte, y yo me encargaré de que Superbrain y sus amigos jamás pudiesen molestarles.

—No. Y no insista, por favor. Volveremos con la cena dentro de una hora.

Capítulo VI

Calculó que ya era más de medianoche cuando oyó la puerta del camarote al abrirse cautelosamente. En su postura, que no era ciertamente cómoda, Brigitte miró hacia allí, vio la silueta de un hombre entrando y, enseguida, la puerta se cerró. Los pasos del hombre se acercaron, y su figura cruzó un momento por la zona de resplandor de la luna, que penetraba por la portilla, y que hizo brillar la sortija.

El hombre se sentó en el borde de la litera, y una de sus manos fue hacia el pecho de Brigitte, que permaneció inmóvil, entornando los párpados.

—¿Está dormida? —oyó el susurro.

—No… —susurró también—. ¿Qué ocurre?

—Tengo el turno de vigilancia en el pasillo hasta las tres de la madrugada… ¿Qué hay de cierto en esos quinientos millones de dólares?

—Los tendría antes de una semana — pareció espabilarse la prisionera.

—¿Cómo podría garantizarme que me pagaría, y que no me haría asesinar por alguno de sus compañeros, o que lo haría usted misma?

—Escuche… Sé que Superbrain está tramando algo verdaderamente peligroso. Si yo no puedo hacer nada, es evidente que sus planes se cumplirían…, y eso sería mucho peor que pedir a la CIA quinientos millones de dólares… ¿Qué está haciendo?

—Le estoy desabrochando la blusa… ¿Le molesta?

Brigitte no contestó. Veía el contorno del hombre, que no llevaba capucha ahora. El resplandor lunar hacía brillar sus ojos… La blusa quedó completamente abierta, y los senos de la espía aparecieron, como preciosos montículos de tono oscuro. Las manos del hombre se deslizaron por ellos, en una caricia lenta, recreada…

—No me haga daño… —suplicó Brigitte—. Por favor, no me lastime, se lo ruego…

—Claro que no… Todo lo contrario…

El hombre se inclinó, y comenzó a besar. Brigitte pareció de piedra durante unos segundos, pero pronto suspiró, y se agitó.

—Eso sí… —gimió—. Eso sí, pero no me hagas daño…

La respiración del hombre se estaba haciendo pesada, difícil. Las caricias en los senos cesaron, y sus manos fueron más abajo, hacia el borde de la falda, que comenzó a alzar. Brigitte impulsó las caderas hacia arriba, facilitándole la labor. La agitada respiración del hombre era cada vez más audible.

—Eso es… —jadeó—. Nos vamos a entender bien… Dame todo lo tuyo, y yo te sacaré de este apuro, a la menor oportunidad… No te asustes: sólo voy a arrancarte esta prenda…

Se oyó el suave rasgar de tejido, y la diminuta prenda íntima fue arrancada y tirada a un lado. El hombre se colocó sobre la espía, que notó en su rostro el fuerte aliento pesado, entrecortado. Un instante más tarde, el hecho se producía. Brigitte emitió un gemido, se agitó…

—No puedo… abrazarte —suspiró—. Así no… Me gustaría abrazarte…

La presión cedió, la figura del hombre ocultó por completo el cuerpo de Brigitte, hacia arriba. En su mano izquierda, la espía notó los dedos del hombre. A los pocos segundos, la presión de las cuerdas cedió un poco. Pero el hombre quedó inmóvil, y acto seguido saltó de la litera. Brigitte lo vio alejarse de ésta…

—No me dejes ahora… —gimió con voz trémula su oferta—. ¡No me dejes así ahora…!

—Calla.

Se oyó el sonido de ropa, y por un instante la pistola relució también, como el anillo, que se movía lanzando destellos a todos lados. Las ropas y la pistola quedaron sobre una silla, lejos de la litera. El hombre regresó, se colocó junto a ésta, y procedió a desatar las manos de Brigitte. Luego, volvió a ella

—Pero las piernas… —pidió Baby

—Así está bien… Abrázame.

De nuevo volvió a su posición de hombre; su cabeza quedó a un lado de la de Brigitte, que… puso las manos en la espalda. El

hombre soltó un rugido ahogado, y comenzó a perder el mundo de vista a volar en una nube de placer… Brigitte dejó de acariciarle la espalda con la mano derecha, la cerró, haciendo sobresalir el nudillo central del dedo corazón asió los cabellos del hombre con la otra mano, le hizo alzar la cabeza…

—¿Qué hac…? —rugió el hombre

¡Chock!, sonó el *atemi* de judo en su sien izquierda. Fue un sonido blando y seco a la vez, que se confundió con el ronquido masculino, y la súbita tensión dé todo su cuerpo… ¡Chock!, disparó de nuevo su puño lateralmente la espía más peligrosa del mundo… El hombre ni siquiera emitió un sonido esta vez. Todo su cuerpo se relajó, y quedó, blando, inerte, sobre el de la espía. Esta se lo quitó de encima, sujetándolo como pudo para depositarlo en el suelo, junto a la litera. Luego, quedó sentada, con ágil flexión de cintura. y sus manos fueron hacia las cuerdas que la mantenían sujeta a la litera. En un minuto soltó sus pies, se sentó en la litera, y se quedó mirando el cadáver de aquel hombre que había hallado la muerte a mitad del camino hacia el placer.

Lo primero que hizo Brigitte fue poner dos deditos en un lado del cuello masculino, para asegurarse de que estaba muerto. Luego, fue adonde él había dejado sus ropas y la pistola, y agarró ésta. Volvió a la litera, se sentó en el borde, y procedió a abrocharse la blusa y ponerse bien los sujetadores.

Como tantas veces, su belleza la había ayudado a salir del apuro. Sabía que todavía pensaban retenerla algunos días allí, ya que debía dar «clases de actitud» a las cinco muchachas, y sabía también que alguna solución habría encontrado. Pero, realmente, puesto que sabía ya lo que le interesaba, no tenía objeto permanecer allí más tiempo.

Ya arregladas sus ropas, se acercó a la puerta, puso una orejita en la madera, y dejó de respirar, quedó completamente inmóvil. A los pocos segundos, sonrió duramente. La verdad era que en ningún momento había creído la oferta del encapuchado, y que había comprendido más o menos aproximadamente el juego que se traía: afuera, en efecto, había por lo menos otro hombre. Es decir, que seguramente se irían turnando, o algo parecido, haciéndole creer que la iban a ayudar, y mientras tanto irían gozando de ella…, para al final matarla. Bueno, las cosas habían cambiado, ciertamente.

Regresó junto al montón de ropas del muerto, y buscó hasta encontrar la billetera. Se acercó al portillo, y, a la luz de la luna, examinó su contenido. Nada interesante, salvo el permiso de conducir del sujeto, un tal Nelson Haggard… Precisamente, el hombre que le había hecho comprender quién era Superbrain. Realmente chocante.

¿Cuánto tiempo debían calcular los de fuera que tardaría Haggard en violarla? En la duda prefirió tomar su posición más ventajosa, esto es, junto a la puerta y con la pistola preparada…, hasta que comprendió que no habían pensado hacerlo así, presentándose por turnos. No. Seguramente esperaban que Haggard saliese. ¿Cómo debían haber preparado sus visitas a la prisionera?

«Bueno —se dijo—: si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña».

Sujetó bien la pistola con la mano derecha, asió el pomo de la puerta con la izquierda, y abrió, saliendo rapidísimamente al pasillo…, donde los dos hombres, que se habían vuelto, sonrientes hacia la puerta, respingaron a la vez, mientras palidecían bruscamente.

Plop, disparó la espía.

La bala acertó en el centro de la frente a uno de ellos, y lo tiró de espaldas, muerto en el acto, mientras el otro llevaba la mano a toda prisa en busca de la pistola, y su boca se abría en el gesto para lanzar el grito de aviso…

Plop.

La bala le entró por la boca, y salió con tremendo destrozo por la nuca. La cabeza del hombre osciló como sobre un tallo tronchado, mientras caía sentado y, acto seguido, de espaldas. La mano derecha de Brigitte se alzó, apuntando hacia el extremo del pasillo, esto es, hacia el saloncito del yate.

Pero nadie apareció por allí, no se oyó nada, todo continuó igual. Es decir, que el cuarto hombre estaba en cubierta, vigilando. No estaban navegando, así que el yate debía estar anclado en cualquier lugar resguardado.

Brigitte miró a los dos hombres que no llevaban la capucha puesta, y movió la cabeza. Pese a todo, pese a saber qué clase de hombres eran aquéllos, se sentía disgustada. Pero la cosa no sólo no tenía ya remedio, sino que se había tratado de una simple elección

de supervivencia.

Pasando por encima del primero que había matado, y que contemplaba el techo con expresión desorbitada, se acercó a la puerta del camarote más cercano al suyo, y escuchó con la orejita pegada a la madera. Dentro no se oía absolutamente, nada. Abrió entró, y miró a todos lados. Fue hacia el armario, lo abrió metió las manos dentro… Estuvo palpando unos segundos. Luego, cerró y salió del camarote. Entró en el siguiente, tras asegurarse también de que dentro no había nadie. En éste, sí, encontró su maletín, dentro del armario. Otro error de aquella gente. Seguramente, habían pensado tirar el maletín con ella al fondo de las aguas, motivo por el que no se lo habían quedado en aquel chalé de los Rayos X, ni lo quería nadie consigo.

Regresó al pasillo, que era la única parte del yate que estaba iluminada, y allí estuvo manipulando en uno de sus tarros de crema que casi nunca usaba, hasta retirar del doble fondo un par de ampollas de gas narcótico, cuyos efectos duraban cuarenta y ocho horas. No les iba a perjudicar tan largo sueño.

Un minuto más tarde, localizó un camarote en el que sí se oía, a través de la madera, la respiración profunda de varias personas. Abrió la puerta, tiró dentro una ampolla, y cerró rápidamente, quedando en el pasillo. Se deslizó por éste hasta el siguiente camarote, de nuevo oyó respiración a través de la madera, abrió, echó la otra ampolla, y quedó de nuevo en el pasillo.

Medio minuto más tarde, entraba en aquel camarote… En las literas dormían dos de las muchachas. Fue al otro, y encontró durmiendo a las tres restantes. Verdaderamente gracioso: cinco «Babies» durmiendo a pierna suelta, mientras la inimitable campaba a sus anchas por el yate.

Bien, solamente quedaba un hombre, en la cubierta. ¿Tendría que matarlo también?

Recorrió el pasillo, cruzó el saloncito, y ascendió el tramo de brillantes peldaños de madera, en silencio absoluto. Estuvo allí escuchando tres o cuatro minutos, pero no oyó nada. Ni siquiera se oía el chocar del agua contra el casco del yate, lo que confirmó su convicción de que no estaban en el mar, cosa nada difícil, por otra parte, ya que cada vez que miraba por la portilla de su camarote había visto vegetación en la cercana orilla, tanto a derecha como a

izquierda. Su impresión era que habían estado navegando por Chesapeake Bay, es decir, en la amplia desembocadura del Susquehanna hacia el mar. Lo cual, teniendo en cuenta sus sospechas respecto a la personalidad de Superbrain, tenía toda la lógica del mundo, pues él vivía bastante cerca.

Después de estar escuchando todavía un par de minutos más, comprendió que era un riesgo demasiado grande subir a cubierta, sin saber dónde estaba exactamente el hombre de vigilancia. Así que volvió al saloncito, encendió la luz, y se colocó en un ángulo, fuera de la línea visual de la entrada desde la cubierta.

La luz no sólo atrae a los insectos, sino también a los hombres, al parecer. Apenas habían pasado un par de minutos cuando, desde arriba, llegó la voz del otro hombre:

—¡Haggard! ¿Qué pasa?

Brigitte alzó la pistola, apuntando hacia la entrada.

—¡Haggard…! ¡Gurley!

La espía apretó los labios, eso fue todo.

En seguida resonaron las pisadas del hombre en los peldaños. Poco después, aparecía, mirando a todos lados, expectante, fruncido el ceño.

—¿Qué pas…?

—No se mueva —ordenó, con voz helada, Baby.

El hombre parecía no necesitar esta orden. Estaba lívido, petrificado por el asombro y el miedo.

—Ahora, sí, muévase. Acabe de entrar, despacio, con las manos sobre la cabeza. Y no haga tonterías: a efectos de un enfrentamiento, estamos solos en el yate. Vamos. camine. Colóquese en el centro del salón, de espaldas a mí.

El hombre tragó saliva, puso sus manos sobre la cabeza, y comenzó a caminar. De pronto, al pasar junto a uno de los blancos taburetes, desvió el pie derecho hacia allí, con fuerte golpe, y el pequeño asiento salió disparado hacia Brigitte, que apretó el gatillo… Del taburete saltaron un puñado de astillas, y la potencia de su marcha disminuyó notablemente, pero todavía llegó hasta la espía, golpeándola en la mano armada, que interpuso ante su rostro. Brigitte gritó cuando el taburete golpeó sus dedos, y retrocedió, haciendo un gesto instintivo de dolor…, mientras el hombre sacaba rápidamente su pistola, rugiendo una maldición…

Plop, disparó el hombre, mientras Brigitte caía sentada, de modo que la bala pasó por encima. El sujeto desvió inmediatamente la trayectoria de su arma, y volvió a disparar…, justo en el momento en que Brigitte se echaba rondando hacia un lado. La bala rebotó en el suelo, y fue a rebotar de nuevo en la pared. El hombre lanzó un grito de triunfo definitivo, al ver a Brigitte caída de lado, y dándole la espalda.

¡Quieta o te…!

El brazo derecho de Baby apareció en su espalda, doblado, mostrando la pistola, que apuntaba hacia el hombre, en el más puro estilo de los famosos *gun-men* del Viejo Oeste.

Plop.

Al gesto de sorpresa del hombre sucedió en el acto otro de dolor. La pistola escapó de sus dedos, para rebotar ante sus pies. Se llevó las manos al pecho, miró con los ojos desorbitados a Brigitte, y, de pronto, se derrumbó hacia delante, como un poste.

Brigitte se sentó en el suelo, dejó la pistola, y se pasó las manos por la cara, que notó helada. Estuvo así un par de minutos, rodeada del denso silencio. Luego, fue en busca de su maletín, sacó la radio de bolsillo, y efectuó la llamada, convencida de que alguien de la CIA estaría a menos de cincuenta millas que era el alcance de la pequeña radio especialísima.

Ya no había peligro para nadie, ya no tendrían que llegar sus Simones teniendo un enemigo al que atender. Todo estaba limpio y arreglado…, como siempre que podía ofrecérselo así a sus compañeros de la CIA.

—¿Sí? —oyó—. ¿Habéis encontrado algo?

—Buenas noches, Simón —sonrió la divina

Inmediatamente, por la radio brotó la voz de Charles Alan Pitzer, en algo parecido a un alarido:

—¡Baby! ¿Está bien? ¡Llevamos buscándola…!

—Tranquilícese, tío Charlie. Todo está bien. ahora. No sé exactamente dónde estoy, pero juraría que, en Chesapeake Bay, bastante hacia arriba, cerca de la desembocadura del Susquehanna. Estoy en un yate fondeado en algún lugar. Voy a encender todas las luces, para que puedan encontrarme. A fin de cuentas, puesto que han captado mi llamada, no pueden estar a más de cincuenta millas de aquí, de modo que los espero para dentro de una hora, como

máximo… Supongo que están utilizando helicópteros.

—¡Helicópteros! —bramó Pitzer, con voz quebrada—. ¡Estamos utilizando helicópteros coches lanchas aviones, y todos los sistemas de localización para ese maldito emisor que ha debido estropearse pues de lo contrario…!

—Ya se lo explicaré. Voy a encender las luces yate… Hasta ahora, tío Charlie.

Primero llegó un helicóptero, tan sólo veinticinco minutos más tarde, del cual saltaron ágilmente a la cubierta del yate dos agentes de la CIA, pistola en mano.

Un segundo helicóptero llegó apenas cinco minutos después, y otros dos «Simones» saltaron ai yate. Luego, apareció una lancha, a toda velocidad acercándose como si de ello dependieran las vidas de sus ocupantes. Casi al mismo tiempo, en tierra firme brillaron las luces de tres automóviles, dos a un lado y otro en la margen opuesta. Un par de avionetas pasaron por encima del yate un minuto después, y se perdieron en dirección Sur, como los helicópteros…

Finalmente, llegó otro helicóptero, del cual, por medio de una escala de cuerda, descendió Pitzer al yate, seguido por Simón-Floristería. Para entonces, la lancha había llegado ya, y media docena más de agentes de la CIA habían ocupado el yate.

—Por el amor del cielo —clamó Pitzer—. ¿Qué ocurrió, por qué ese maldito aparato no ha funcionado…?

—Porque tuve que desprenderme de él —sonrió Brigitte—. Vamos, tío Charlie, cálmese, todo está bien. Ya no hay problemas. Vamos abajo… ¿Le apetece un café?

—¡Un café! Por el cielo… ¡Usted no sabe la que ha organizado con estas casi ochenta horas de silencio…!

—Me lo imagino — murmuró Brigitte —. Pero sólo he hecho lo que ha sido conveniente, en todo momento. También hay whisky abajo. Vamos a tomar un trago, y le diré quién es Superbrain.

—¿Está en el yate? —exclamó Pitzer.

—No. Pero no se preocupe: no escapará.

—Desde luego que no — se adelantó uno de los agentes de la CIA —. Díganos quién es, Baby, y nosotros iremos por él.

—Lo quiero vivo — dijo ella —, de modo que lo haremos a mi manera.

—¡Un sujeto así no merece…!

—Calmémonos todos. Si sólo se tratase de eliminarlo, podríamos hacerlo antes de una hora, sin complicación alguna. Pero ese hombre está… representando a un grupo, que está tramando algo mucho más importante de lo que ustedes piensan. Tengo la certeza de que está tramando toda una serie de asesinatos… que parecerían cometidos por Baby. De modo que vamos a tranquilizarnos todos, y discutamos el procedimiento a seguir. ¿De acuerdo?

—Claro que sí —gruñó Pitzer—. Pero…, ¿quién es Superbrain?

Capítulo VII

Calvin Davenport se puso en pie de un salto, desencajado el rostro, cuando su criado le anunció la visita.

—¿Quién? — exclamó.

—Bueno, señor, ya le digo que es una muchacha que dice llamarse Baby…

Davenport abrió de nuevo la boca…, y en ese momento, en la puerta del despacho privado de Calvin Davenport en su domicilio, un chalé en la zona residencial de Harrisburg, apareció la visita anunciada: una preciosa rubia, alta, elegante, de ojos verdes, cuerpo escultural…, y fría sonrisa. Aunque quizá no tan fría como la pistolita que empuñaba en la mano derecha.

—Buenos días, señor Davenport — saludó —. Espero que no cometerá usted la descortesía de decir que no está en casa.

—Pe-pero…, ¿quién es usted, qué…?

De nuevo la sorpresa. Por detrás de la rubia aparecieron dos hombres, asimismo armados, que se quedaron mirando con terrible fijeza a Davenport. Con una fijeza escalofriante.

—¿Qué… qué es esto? —tartamudeó el criado.

La rubia lo miró un instante, y movió la cabeza hacia él.

—Llévenselo. Y vea si hay alguien más en la casa. Procuren no hacer daño a nadie, a menos que sea necesario. Cosa que dudo, ya que no creo que el señor Davenport haya compartido sus proyectos con simples criados… Sus miras están mucho más altas. ¿No es cierto, señor Davenport?

—No… entiendo nada de…

—Se lo explicaré. Siéntese…, pero tenga las manos en todo momento sobre la mesa.

Calvin Davenport se sentó, y puso las manos sobre la mesa. Estaba pálido como un muerto. El criado fue sacado de allí por uno de los agentes de la CIA, que lo entregó a otros «Simones» que va

habían entrado en la casa, y regresó al despacho, cerrando la puerta y quedando apoyado de espaldas en ésta.

—Estoy segura, señor Davenport, de que ya me ha reconocido usted… —dijo la rubia—. Podría decirle que me llamo Lili Connors, o Galina Cherkova, o cualquier otro nombre, pero me parece una tontería. ¿No está de acuerdo?

—No. No tengo ni idea de quién es usted, no sé… ¿Qué es lo que pretenden ustedes?

—Su comportamiento es absurdo —dijo secamente la rubia—, pero no tengo inconveniente en seguirle e! juego, señor Superbrain.

Se quitó la peluca, y luego las lentillas de contacto, dejándolo todo cuidadosamente sobre la mesa de despacho. Frente a ella, Calvin Davenport se quedó mirando a Brigitte Montfort, crispado el rostro, torcida la boca hacia un lado, en inesperada mueca dura… y con cierto matiz de cinismo.

—Supongo que considera usted que ha ganado la partida, señorita Montfort —dijo.

—Por supuesto. ¿Usted no lo cree así?

—Claro que no. ¿Realmente cree que yo soy Superbrain?

—¿No lo es?

—No.

Brigitte Montfort frunció el ceño, y estuvo unos segundos pensativa. Por fin, movió la cabeza con gesto de desconcierto.

—Bien, tampoco voy a pretender ser la persona más lista del mundo, señor Davenport. Pero quizá mi… fallo pueda ser explicado. Veamos… ¿A usted le parece que yo la agente Baby, debo aceptar como verdaderamente casual su intervención en este asunto? ¿Verdaderamente me supone usted tan tonta? ¿Realmente se considera mucho más listo que los profesionales del espionaje ruso, chino, alemán, italiano, etcétera? ¿De verdad, señor Davenport?

—No comprendo lo que quiere decir.

—Mire, señor Davenport, hace unos años, cuando me inicié en esta… profesión, yo ya era una muchacha… ¿cómo le diría yo?… desconfiada. Sí, ésa podría ser la palabra: desconfiada. Quizá porque, por instinto, siempre comprendí que el ser humano es esencialmente falso y codicioso, y porque ya desde niña comencé a tener pequeños desengaños, mi modo de ser resultó siempre un tanto peculiar. Así, cuando comencé a trabajar para la CIA, ya era

muy desconfiada. Posteriormente, toda una serie de vivencias que no resultaron en absoluto agradables, me fueron confirmando en mi postura. Por fortuna, también he conocido personas honestas y sinceras, pero…, ¡son tan pocas! Tan, tan pocas, que siempre las distingo en cuanto las veo. Usted es un hombre inteligente, y en principio pudo engañarme. Pero los engaños no duran mucho tiempo, señor Davenport. Y usted mismo se metió en el cepo.

—Tonterías… ¡Tonterías!

—Ya verá como no. A mí no me gustaba usted demasiado, así que cuando, al día siguiente de lo sucedido el «Photojenkins Studio», se presentó en mi apartamento, me dio qué pensar. Pero luego, estando usted allí, un hombre me llamó por teléfono, y claro, en principio tuve que pensar que era quien estaba dirigiendo todo el asunto… Ese mismo hombre me llamó más tarde para gestionar las negociaciones del canje de Peggy por mí. Era la misma voz, el mismo hombre. Mientras tanto, usted estaba con Simón, de modo que, evidentemente, tampoco podía ser usted quien me llamaba. Así que, como no pretendo ser la persona más lista del mundo, me dije que me había equivocado y punto final… Pero algo quedó en mi mente de disconformidad. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque su visita era… muy conveniente… para usted. Me refiero a cuando me llevó las flores. ¿Sabe lo que pensé luego?

—¿Qué?

—Pues pensé que mientras uno de sus hombres hacía las llamadas telefónicas, usted estaba cerca de mí para estudiarme, para… buscar, cerca de mí, un punto vulnerable. Y como punto vulnerable, me parece que ya había elegido usted a la pobre Peggy. Lógicamente, yo debía tenerle mucho afecto, y no perdía nada probando. Así que subió a mi apartamento para que ella le conociese. Luego, su amigo hizo la llamada, indicándome dónde podía encontrar al tercer hombre que había participado en lo del «Photojenkins Studio», a fin de atraerme a aquel lugar; más concretamente, se trataba de hacerme salir del apartamento. Yo era muy difícil de cazar viva, pero la pobre Peggy… ¡Pobrecita, seguro que ésta ha sido la aventura de su vida! Así que cuando vio que mis amigos y yo salíamos del edificio, subió usted, con los suyos, simulando una situación que, más tarde, al hacerle yo preguntas al

conserje de mi edificio, o a otras personas que les hubiesen visto, deberían hacerme creer que, realmente, usted estaba actuando forzado por amenazas. Usted debía saber, o sospechar, que no es fácil entrar en mi apartamento, así que eligió este sistema de hacerse conocer por Peggy, primero. Ella le vio por la mirilla, le abrió…, y para dejarlo todo muy bien arreglado a su favor, aceptó el golpe en la cabeza. De este modo, todo tenía sentido, ¿verdad?

—Si usted lo dice…

—Lo digo. Así que Se llevaron a Peggy. Pero usted. ¡cómo no!, aceptó colaborar con nosotros, y, en efecto, dictó los rostros de los dos hombres que se llevaron a Peggy… ¿Por qué no hacerlo, si usted sabía que iban a morir cuando hubiesen terminado su parte del trabajo, y jamás podrían ser una pista para la CIA? Y los mataron, cuando se efectuó el canje. Luego, puesto que usted sabía… le habían dicho que yo era persona de muchos recursos, me llevaron al chalé, me examinaron… Bueno, usted ya sabe todo eso, ¿no es cierto?

—No.

Brigitte sonrió fríamente. Encendió un cigarrillo que tomó de la cajita de Davenport, y continuó:

—Desde el chalé, me llevaron al yate, donde me retuvieron mientras usted, que ya sabía cómo era yo físicamente, gracias a que el agente de la CIA Herbert Barrow le había dicho quién era Baby, terminó de reclutar a sus amiguitas, y por fin, las envió al yate para que empezasen su aprendizaje: se trataba de conseguir cinco asesinas que pudiesen ser confundidas conmigo. Yo lo fui aceptando todo, porque esperaba el momento oportuno, el momento de poder conocer a Superbrain… ¿Y sabe cuándo estuve completamente segura de que era usted, señor Davenport?

—Sólo está diciendo tonterías —insistió Davenport—. Si yo fuese ese Superbrain…, ¿qué necesidad tenía de complicarme la vida, relacionándome con usted?

—¿Necesidad? —alzó las cejas Brigitte—. Bueno, cuando yo llegué al «Photojenkins Studio», usted debía estar abajo, para verme, seguramente divirtiéndose mucho viendo cómo nada menos que la agente Baby era un juguete en sus manos. Pero, he aquí que, posiblemente, vio usted salir por no sé dónde a uno de sus hombres, corriendo, y, claro está, se preguntó qué había ocurrido. La

curiosidad era muy fuerte, y como usted, días antes se había hecho allí unas fotografías, en efecto, subió por ellas. Claro está, no fue casualidad que se hiciese allí las fotografías, sino fruto de un estudio del terreno. El estudio fotográfico le pareció bien para tenderme la trampa, después de estudiarlo. Y por si alguna vez alguien le relacionaba con lo que sucediese allí, simplemente, se hizo las fotografías. Era un lugar honesto, corriente y moliente, así que nadie podría sospechar de todas las personas que fuesen a hacerse fotografías. Habría sido absurdo… Sólo que cuando usted subió, se llevó la gran sorpresa de encontrarme dominando la situación…, lo que, evidentemente, ya había sospechado; sólo que, en lugar de huir, como su empleado, se dejó vencer por la curiosidad… y por la certeza de su buena coartada. ¿Qué había hecho Baby, cómo lo había hecho, qué había pasado allá arriba…? ¿Podría, quizá, solucionar todavía la situación favorablemente para usted? Pero no pudo ser. Y a partir de ese momento, usted encontró divertido el juego con Baby: podía reírse de ella, hacerla ir de un lado a otro… Para ello, claro, uno de sus hombres debía ser quien me llamase… siempre cuando estuviese usted conmigo, a ser posible. Y fue este hombre quien le delató.

—¿Uno de esos hombres le ha dicho mi nombre? — sonrió Calvin Davenport.

—No… No, no. Seguramente, ni siquiera lo sabían; pero, el hombre que había estado hablando conmigo por teléfono, era uno de los del yate. Procuró no hablar nunca, pero en determinado momento conseguí hacerle reaccionar, para exigir silencio a sus chicas, respecto a una pregunta mía. Y en cuanto oí su voz, comprendí que él era el hombre del teléfono. Luego, me desconcerté, y pensé que entonces ya no podía ser usted Superbrain, puesto que allí estaba el hombre que había hablado conmigo. Pero justo aquella noche, llegó usted, vi que el hombre de la sortija le obedecía, y comprendí la jugada: él había sido quien había hablado conmigo por teléfono, pero por orden de usted. Así pues, finalmente tenía ante mí a Superbrain, con su capuchoncito…, y su aparato en la boca para desfigurar la voz. A partir de ese momento, mi interés por permanecer en el yate terminó, y comencé a pensar en el modo de escapar y venir por usted… aquí estoy, Superbrain.

—No podrá probar nunca eso que dice.

—¿No? Bueno, sólo tengo que hacer obtener huellas digitales en el yate «Tropik», y, una vez todas bien clasificadas, compararlas con las de usted. Tengo la seguridad de que habrá huellas dactilares de usted en el «Tropik». Y entonces… ¿qué podrá decir, señor Davenport?

—Está bien —murmuró Davenport—… Está bien, usted ha ganado… por ahora.

—¿Por ahora? — se sorprendió Brigitte.

—Sólo por ahora. Usted sólo ha… cortado un tentáculo del pulpo llamado Superbrain. Y no le servirá de nada: mis amigos me sacarán de ésta.

—Usted debe estar bromeando.

—Ya lo veremos. Y lo harán pronto, por medios que usted no podrá controlar. Todos ellos son personas importantísimas en la política norteamericana. Por muy Baby que sea usted, cuando vaya a darse cuenta, yo va estaré libre, fuera de su alcance. Y jamás podrá saber cómo ha sucedido.

—Esa es una mala noticia —frunció el ceño Brigitte—… ¿Y esos amigos tan importantes no sabían quién era Baby?

—No. Y no quisieron preguntar en los círculos adecuados, a fin de no atraer sospechas. Así que ideamos lo de averiguar quién era usted, preparar a unas cuantas asesinas, y, en efecto, lanzarlas a cometer asesinatos, que habrían sido contabilizados en la cuenta de Baby.

—Está bien… ¿Con qué objeto? ¿Quiénes son las personas a las que tienen proyectado asesinar?

Calvin Davenport sonrió, apretando los labios. Brigitte frunció de nuevo el ceño.

—Vamos, Calvin, no sea absurdo… Sólo tengo que levarlo a Langley, y le aseguro que nos dirá todo lo que queramos.

—Pruébelo. En cuanto catorce hombres que yo sé se enteren de que Calvin Davenport está en manos de la CIA, me liberarán. Nadie podrá impedirlo. Luego, todo será desconcierto, pero yo ya estaré libre. Incluso diciéndoselo a usted, no podrá evitarlo.

—Bien, ya lo veremos… ¿Conocen ahora esos hombres mi identidad? ¿Saben que Baby es Brigitte Montfort?

—Esa es, precisamente, una de sus bazas para liberarme —rió agudamente Davenport—… Pero ya le digo que me liberarán antes

de que nadie pueda reaccionar.

—Naturalmente, usted no va a decirme los nombres de esos catorce amigos suyos, ¿verdad?

—Eso sería proporcionarle a usted las mismas armas que tienen ahora ellos en mi favor. ¿No comprende que ésa es mi gran baza, señorita Montfort? Usted no puede hacer nada contra mí, ni contra mis amigos…, porque, en cuanto lo haga, la primera cabeza en rodar por el suelo será la suya. Parece que no entiende la situación: usted es mi propia salvaguarda. Si algo me ocurre a mí, ¿se imagina la de cosas que pueden ocurrirle a usted?

—Puedo torturarle aquí mismo para que me diga esos nombres — dijo Brigitte, con voz tensa.

—¡Torturarme! Está bien, usted me tortura, y me obliga a decir esos nombres… De acuerdo. ¿Qué pasaría luego? Pues que mis catorce amigos serían detenidos por la CIA, indudablemente. ¿No es así?

—Sí.

—¿Y cree que ellos no lanzarían a los cuatro vientos el nombre de Brigitte Montfort, diciendo que es la agente Baby? ¿Cómo podrían impedirlo? Son personas tan importantes que no podrían… silenciarlos con sus… expertos. Habría que detenerlos, se armaría un revuelo tremendo en todo el país, acudirían periodistas de todas partes… ¡Alguno de esos catorce hombres diría quién es Baby! De modo que ésta es la jugada… ¿Quién está haciendo jaque mate a quién, señorita Montfort?

Brigitte había dejado ya el cigarrillo en el cenicero, y sus manos se apoyaban con fuerza en el borde de la mesa, su cuello estaba tenso, sus labios prietos…

—Está bien —susurró—… Usted dirigió la tortura y muerte de cuatro agentes de la CIA, Davenport. ¿Cierto o falso?

—Cierto. ¿Y qué?

—Pues que yo…

En aquel mismo instante, al fino olfato de la espía llegó un olor levísimo, tan peculiar, que por un instante quedó con la boca abierta, desconcertada… Y eso fue todo lo que pudo hacer. Al instante siguiente, cerrados los ojos, caía de cara contra el borde de la mesa, rebotaba, y rodaba por el suelo…, al mismo tiempo que lo hacían Calvin Davenport frente a ella, y los dos agentes de la CIA

que estaban ante la puerta del despacho.

En un instante, se había pasado de una tensa conversación al más profundo sueño de cuatro personas encerradas en aquel despacho.

Capítulo VIII

Lo primero que vio Brigitte Montfort, al abrir los ojos, fue el rostro de Charles Alan Pitzer, pero muy borroso. Cerró los ojos, estuvo así unos segundos, y volvió a abrirlos. La imagen era más nítida esta vez. Inmediatamente, apareció otro rostro en su campo visual: el de Mr. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción de la CIA. Y entre ambos rostros, Brigitte vio un techo blanco inmaculado, en el que reverberaba la luz solar que llegaba por alguna parte…

—¿Cómo se siente? —preguntó Cavanagh.

Brigitte se sentó en la cama. La cabeza le dio vueltas, pero apoyó las manos en la cama, y aguantó, cerrados de nuevo los ojos. Cuando las vueltas cesaron, los abrió de nuevo.

—¿Qué ha pasado? Estábamos… ¡Los Simones que…!

—Ellos están bien, en otras habitaciones —dijo Cavanagh—. Supongo que habrán despertado también, o estarán a punto de hacerlo, no se preocupe.

—Pero… ¿qué ha pasado?

—Lo ignoramos —masculló Pitzer—… Es decir, sabemos lo que ocurrió con nosotros, pero no con Davenport.

—¡¿Se ha escapado?!

—Sí.

—Pero… ¡No es posible! En la casa estábamos varios de nosotros. Había dos Simones conmigo, otros dos o tres dentro de la casa, registrándola y controlando al servicio… ¡Y usted, tío Charlie, estaba con otros dos, afuera, esperando en el coche, según convinimos…!

—Nos durmieron a todos —masculló Pitzer—… Hace apenas diez minutos que yo he despertado. Supongo que debieron dormirme antes que a usted.

—¿Nos durmieron a todos? ¿A todos los Simones que había en la casa, a mí, a usted y a los Simones que había en el coche…?

—A todos. Ahora estamos en nuestra clínica. Cavanagh quiso comunicarse con nosotros por la radio del coche hacia el mediodía, y, al no obtener respuesta, envió a varios muchachos a la casa de Calvin Davenport. Nos encontraron a todos dormidos.

—¿Al mediodía? ¿Qué hora es?

—Las diez y media de la mañana — dijo Cavanagh.

—¡Pero si yo fui a la casa de Davenport casi a las once…! ¿Cuánto tiempo hemos dormido?

—Cuarenta y ocho horas…, más o menos —informó Cavanagh.

—¡No!

—Lo siento, pero es así. Mientras dormían, fueron examinados, por si corrían peligro de muerte, pero no ha sido así. Simplemente, fueron narcotizados con gas.

—¿Qué clase de gas?

—Bueno — refunfuñó Cavanagh —, como comprenderá, no íbamos a hacerles la autopsia para saberlo. Gas, eso es todo.

—Han podido analizar nuestra saliva, o algo parecido, para saberlo, ¿no cree?

—¿Con qué objeto? Se analizó por si había peligro, eso sí.

—Pues no sé… no sé si me parece… suficiente.

—Sabemos que el gas no es mortal, y eso es lo que nos interesaba. Por lo demás, parece que todo se ha complicado.

—¿Se ha complicado? ¿En qué sentido?

—Bueno, el yate «Tropik» ha desaparecido…

—¡¿Qué dice usted?!

—Será mejor que dejemos las explicaciones para más tarde — gruñó Cavanagh—… No tengo la menor intención de excitarla. Descanse, y cuando se encuentre completamente b…

—¡Estoy completamente bien! —casi gritó Brigitte—. ¡Y quiero saber *ahora mismo* lo que ha pasado!

—Pues… como usted sabe, a fin de no provocar alarma en alguien que pudiese acercarse por la mañana a ver el yate donde estuvo prisionera, lo dejamos donde estaba, con tres hombres dentro, escondidos. Y otro más, encargado de manipular en la radio por si alguien llamaba, simular un exceso de parásitos que impedía la comunicación…

—Sí, sí… ¿Y…?

—Los cuatro agentes en cuestión están esperando ahí fuera a

que usted los insulte.

—¿Que yo insulte…?

—Por lo menos, se supone que los llamará tonto

—¡No entiendo nada de nada!

—Bueno, dentro de un par de horas…

—¡Ahora! ¡Quiero hablar con ellos ahora!

Cavanagh miró a Pitzer, y ambos hombres hicieron un gesto de resignación. Cavanagh se dirigió, cojeando hacia la puerta, la abrió, y se apartó.

—Pasen — dijo.

Cuatro hombres entraron en el cuarto, mirando primero a Brigitte y luego al suelo. Estupefacta, la espía internacional permaneció en silencio hasta que Cavanagh hubo cerrado de nuevo la puerta. Entonces, tras ir mirando a los cuatro Simones uno a uno, murmuró

—Muy bien… ¿Qué tienen que decir?

Uno de los espías alzó la mirada un instante, tragó saliva, y musitó:

—Nos engañaron…

—Hable más alto. ¿Qué ha dicho?

—Que nos engañaron…

—¿Quién los engañó?

—Un hombre.

—¡Hable más alto!

—Sí… Sí, lo siento… Bien, nosotros estábamos en el yate, y entonces llegó un hombre, en una lancha Yo… yo estaba arriba, en cubierta. Era…, Bueno, parecía uno de nosotros, aunque la verdad es que yo no lo había visto nunca… Pero él, en cuanto la lancha estuvo junto al yate, dijo… dijo que usted quería que despejásemos el campo, que teníamos que dejar el yate.

—¿Qué dijo exactamente?

—Bueno, pues dijo… dijo, casi riendo: «¡Hey, Simones, Baby quiere que le dejemos el campo libre!

Entonces, yo le pregunté qué quería decir con eso, y él… él dijo que usted iba a volver al yate, y que no quería que ninguno de nosotros estuviésemos allí. Claro, le pregunté qué ocurría, y él dijo: "Apuéstate el pescuezo a que las cosas se van a complicar por aquí, y ella quiere que estemos lejos». Entonces yo le pregunté que por

qué no había llegado usted con él, y él me dijo que me fuese al diablo, y que si tenía preguntas que hacer, que se las hiciese a usted, cuando la viera… Añadió que nos asegurásemos de que las cinco muchachas estaban bien atadas, y que saltásemos a la lancha, o se largaba, y que ya nos las entenderíamos con usted, por no obedecer sus instrucciones…

—¿Y ustedes hicieron todo lo que él dijo? ¡Contesten!

—Bu-bueno, pues… pues sí… Sí.

—¡Santo cielo! ¿Qué pasó luego?

—Pues… Ejemm… Pues nos fuimos los cinco con la lancha, y él dijo que teníamos que reunirnos con otros Simones en cierta cabaña cerca de la orilla, a unas quince millas, y esperar allá nuevas instrucciones. De modo que fuimos allá con él… Bueno, quiero decir que nos llevó allá…, y nos dejó en el embarcadero.

—Los dejó en el embarcadero —repitió Brigitte, con tono de pasmo, de admiración—… ¿Y qué más?

—Nos dijo que le esperásemos en la cabaña, que él iba a amarrar la lancha, y que sacaría algunas provisiones, pues quizá tendríamos que esperar todo el día. Nosotros fuimos hacia la cabaña, y cuando… cuando estábamos llegando, oímos el motor de la lancha. Corrimos de regreso, pero él ya estaba lejos, navegando hacia donde había quedado el yate… Bueno, fue entonces cuando decidimos llamar por la radio de bolsillo, y… y… Bien, nos dijeron que algo había ocurrido con usted, y que no sabían nada de esas órdenes, y que… Pasaron a recogernos con una lancha.

—¿Y el yate?

—Cuando volvimos allá, había desaparecido.

—Me parece que la tonta soy yo…, o estoy soñando. ¿Estoy soñando o soy tonta?

—Me… me parece que ninguna de las dos cosas. Quiero decir que… que estoy seguro de que no es usted tonta.

—Entonces, estoy soñando.

—No… No, no.

—Pues tiene que ser una de estas dos cosas, Simón.

El agente de la CIA no contestó. De nuevo su mirada bajó al suelo, como las de sus compañeros. Estaban, en verdad terriblemente avergonzados; no se atrevían a sostener la mirada de Baby por más de un segundo.

—Está bien —murmuró, por fin, la divina espía—… Pueden retirarse.

Los cuatro Simones no se hicieron repetir la autorización. Salieron de allí, poco menos que empujándose unos a otros. Hubo un silencio bastante prolongado, antes de que Cavanagh mascullase:

—Naturalmente, estamos buscando ese yate, pero parece que se lo haya tragado la tierra…, quiero decir el mar. Pienso que quizá lo hayan hundido… con las cinco muchachas dentro.

—¿Cuántos hombres tenemos buscándolo?

—Todos los disponibles en la zona.

—¿Cuántos pueden ser ésos?

—Calculo que unos sesenta.

La mirada de Brigitte pareció saltar, desorbitada, hacia Cavanagh.

—¿Y no saben encontrar un yate, del que incluso conocen el nombre? —exclamó.

—Ya le digo que deben haberlo hundido. De otro modo, en efecto, ya lo habrían encontrado. Está claro que Superbrain ha escapado definitivamente. Es perder el tiempo vigilar su casa, pero lo estamos haciendo, claro. Y seguimos buscando el yate. No se nos ocurre ninguna solución milagrosa, francamente.

—¿Se está usted molestando conmigo? —se pasmó, una vez más, Brigitte.

—Claro que no. Lo siento, Brigitte, quizá he sido un poco brusco. Ocurre que tengo a todos los hombres disponibles, absolutamente a todos, buscando ese yate. Sé tan bien como usted que si no ha sido hallado es porque lo han hundido, ¿no es así? Y en cambio, usted insiste… ¿Qué más podemos hacer? Tenemos aviones y helicópteros recorriendo todo el espacio aéreo razonable, y el yate no aparece… Está hundido, eso es todo.

—Está bien. Pero ese yate, cuyo nombre sabemos que es «Tropik», debe estar registrado en alguna parte, a nombre de alguien, ¿no es cierto?

—Tenemos a más hombres haciendo ese trabajo. Parece ser que no hay manera de localizar ningún registro de yate llamado «Tropik»…

—¡Eso no es posible!

—El nombre que nosotros vimos en la proa del yate podía ser

falso —sugirió Pitzer—... Eso no debería sorprendernos, Brigitte.

—De acuerdo —se relajó la espía—... Tenemos un gas que aparece de pronto y duerme ni más ni menos que a diez agentes de la CIA, al jefe del Sector de Nueva York, a la agente Baby... Tenemos un yate que no aparece inscrito en parte alguna. Tenemos un falso agente de la CIA, que engaña a cuatro agentes auténticos... Y, señores, todo eso nos está pasando a nosotros, ¡a la CIA! ¿Ustedes creen que esto es algo... razonable, admisible de alguna manera? ¡Tiene que haber una solución!

—No nos sorprendería nada que usted la encontrase —gruñó Cavanagh—... Nosotros no podemos, eso es evidente.

—Bien... Quizá Davenport tenía razón... Quizá tenemos incrustados en puntos importantes de todo nuestro sistema, gente que puede hacer y deshacer a su antojo. Eso fue la amenaza de Davenport, de Superbrain. Dijo que catorce hombres importantísimos podían hacer las cosas de modo que nadie supiese cómo estaban ocurriendo, pero que así serían... ¿De quién vamos a desconfiar? ¿Del Presidente de los Estados Unidos de América?

—Los sarcasmos no van a llevarnos a ninguna parte — dijo, muy sosegadamente Cavanagh.

—Claro qué no. Vamos a ver... Naturalmente, dentro del grupo consejero de la CIA hay hombres en verdad importantes; en muchos aspectos en el país. Pero no podemos sospechar de ninguno de ellos, puesto que todos saben muy bien que la señorita Montfort es la agente Baby, así que se podrían haber ahorrado muchas molestias y el tiempo... «perdido» en torturar a cuatro Simones. Por lo tanto, no hay traición dentro de la CIA. Si la hubiese, yo ya habría sido capturada haría tiempo, o estaría muerta, ya que, a fin de cuencas, si recapacitamos, todo está basado en mi personalidad, en mi pretendida actuación, que sería llevada a cabo, en realidad, por cinco desdichadas, que no saben ni caminar con un mínimo de elegancia. En realidad, si miramos las cosas con objetividad, resulta que quien más riesgo está corriendo soy yo misma, de modo que... que... que...

Brigitte Montfort, alias Baby, quedó silenciosa, con la mirada fija en la iluminada ventana.

—¿Qué pasa, Brigitte? —se inquietó Pitzer.

—Dios mío...

—Brigitte —palideció Cavanagh, inclinándose y tomándole una mano—... Brigitte, querida, ¿está bien?

—Dios bendito...

Pitzer se dirigió presurosamente hacia la puerta, pálido, casi aullando:

—¡Voy a buscar al méd...!

—¡No! —gritó la divina—. ¡No! Llamen a la Central... Quiero... No, a la Central, no... Llamen al FBI.... ¡Llamen al FBI, y pregúntenles qué está ocurriendo! ¡Quiero saber inmediatamente cuántas personas importantes en Washington, o fuera de la capital, pero muy importantes dentro de nuestro sistema político, han desaparecido en estas cuarenta y ocho horas últimas! ¡Y quiero que el FBI se ponga a buscar a esas personas importantes, desaparecidas! ¡Y que busquen el yate «Tropik»! ¡AHORA!

—Pero... el FBI no tiene nada que ver con esto...

—¡Llame ahora, desde la central telefónica de la clínica! ¡Llame por la línea directa a Clarence Hadaway!

Mientras gritaba esto, Brigitte había saltado de la cama, y corrió hacia el armario, del cual sacó sus ropas. En un instante, se quitó el camisón de la clínica, quedando completamente desnuda delante de los dos veteranos del espionaje... Se volvió a mirar a Cavanagh. mientras comenzaba a ponerse sus ropas.

—¡LLAME AHORA! —gritó de nuevo.

Cavanagh corrió hacia la puerta, cojeando, y abandonó el cuarto. Brigitte se vistió rápidamente, hizo una seña a Pitzer, y salieron ambos al amplio pasillo, donde dos agentes de la CIA, delante de la puerta, respingaron de nuevo al ver las prisas de sus superiores. Brigitte no les dio ni siquiera tiempo para abrir la boca.

—¡Que NADIE salga de la clínica, sin mi autorización personal! —gritó—. ¡Y digo ABSOLUTAMENTE NADIE! ¡Vamos abajo, tío Charlie!

Corrieron por las escaleras, como si se hubiesen propuesto matarse en ellas, Brigitte siempre delante. Cuando llegaron al vestíbulo, dos hombres se pusieron en pie de un salto, y los miraron, poco menos que aterrados.

—¡Nadie debe salir de la clínica! —gritó Brigitte—. ¿Dónde está la centralita?

Uno de los agentes de la CIA señaló por el pasillo de la izquierda

partiendo del vestíbulo, y Brigitte echó a correr hacia allí. Llegó a la centralita cuando Cavanagh estaba colgando el auricular del teléfono. Se volvió al oírlos, y Brigitte y Pitzer se impresionaron al ver su intensa palidez.

—¿Cuántos? — exclamó ella —. ¿Cuántas personas importantes han desaparecido?

—Dice… dice Hadaway que precisamente están… trabajando en esto. Desde ayer, se ha notado la ausencia de sus domicilios y lugares de trabajo de… de once personas de la más alta significación que…

—¿Le ha dicho que busquen el «Tropik»?

—Hadaway ha dicho que iniciaban la búsqueda ahora. Ha sugerido que sobrevolemos Chesapeake Bay, y que hagamos contacto radial con él personalmente, con la onda de intercomunicación de emergencia.

—Pida un helicóptero, señor. ¡AHORA!

El helicóptero aterrizó en el césped de la clínica privada de la C. LA. doce minutos más tarde…, y se elevó doce segundos más tarde, con Brigitte sentada junto al piloto, frente a la radio. Comenzó a manipular en ella, hasta conseguir la onda de emergencia nacional, que comunicaba los distintos sistemas de seguridad.

—Clarence… Clarence, ¿me oyes?

—Hola —oyó la voz del viejo amigo[3]—… ¿Cómo te has enterado de que estaba ocurriendo algo tan… inquietante y sorprendente?

—¿Dónde estás? —preguntó, a su vez, Brigitte.

—Estamos ya sobre Chesapeake Bay. Tengo varios helicópteros y algunas lanchas dedicadas a la búsqueda. ¿Puedo saber algo ahora, o hablaremos luego?

—Hablaremos luego. Gracias, Clarence. No dejes de avisarme, en cuanto sepáis algo nuevo.

—De acuerdo. ¿Sigues tan hermosa?

—¡Oh, Clarence…!

—Entendido. El asunto es muy grave, ¿verdad? Está bien, no dejes la onda.

Brigitte cortó la comunicación, y miró hacia la marcha del helicóptero. Muy pronto apareció el tono oscuro de las aguas, que se iba haciendo más claro hacia el Sur. El sol se reflejaba en

intensos destellos, como en un espejo gigantesco. En varios puntos, se veían las diminutas formas de diversas embarcaciones. En tierra, el verdor de los pinos; el tono ocre de la tierra ofrecía un bello contraste a la luz solar.

—¿Hay alguna posibilidad de que Pitzer y yo nos enteremos de algo? —preguntó, de pronto, Cavanagh

Bip, sonó la radio.

—¡Sí! —atendió la llamada Brigitte, en el acto—. ¿Clarence?

—Yate «Tropik» localizado hace unos segundos por uno de mis grupos en lancha. Está navegando hacia el Sur, por el centro de la corriente, a la altura de Rock Hall. Es perfectamente visible, y no hay la menor probabilidad de error… Han sido vistos dos hombres-rana alejándose de él. Se han sumergido, pero los hombres de la lancha van a seguir el rastro de las burbujas de los tubos de aire para…

—No —musitó Brigitte—… No, Clarence, por favor. Que los dejen alejarse.

Hubo un instante de silencio al otro lado, antes d que sonase de nuevo la voz de Clarence Hadaway.

—Está bien. ¿Abordamos el yate?

—No, por Dios… Y tampoco es factible comunicarse con él, por medio de la radio. Escucha lo que vamos a hacer, Clarence: vamos a sobrevolar ese yate, y nosotros descenderemos lo suficiente para dejar caer en la cubierta un mensaje escrito a sus ocupantes. Por ningún concepto os acerquéis a él. ¿Está claro?

—Sí… Me parece que estoy viendo el «Tropik». Sí debe ser él, porque veo una lancha, que supongo es la de mis hombres, muy cerca.

—Si tienes contacto directo con ellos, diles que no se acerquen.

—De acuerdo. En cuanto a ese yate… ¡Dios!

—¿Qué ocurre? — gritó Brigitte.

—Ha… reventado. Ha explotado, ha saltado convertido en polvo… ¡Los dos hombres-rana han debido colocar una carga explosiva! ¡Brigitte, no comprendo…!

—Te llamaré esta noche — suspiró Brigitte.

Cortó la comunicación, se echó hacia atrás en el asiento, y cerró los ojos. El sol daba en la carlinga de plástico, refulgiendo, y su calor llegaba al demudado rostro de la espía internacional. Junto a

ella, el agente de la CIA que pilotaba el helicóptero había apretado los labios, en una hosca sonrisa que se aproximaba a la crueldad.

Brigitte estuvo así un par de minutos, hasta que el piloto la tocó en un brazo, y cuando ella le miró, señaló hacia abajo… En el agua, flotaban los restos blancos de una embarcación, teñidos de negro, astillados, destrozados, esparcidos alrededor de una mancha de combustible, que todavía estaba ardiendo. No se veía una sola persona alrededor…, pero sí una lancha, relativamente cerca…, y algunas más, que se iban acercando.

—Eso es lo que queda del yate «Tropik» —murmuró la agente Baby—… En cuanto a los catorce hombres…, no queda nada.

—¿Qué catorce hombres? —preguntó Cavanagh— ¿Se refiere a los amigos de Superbrain?

—Sí. Me refiero exactamente a ellos, señor. Han muerto todos.

—¡Ese Superbrain es un loco! —exclamó Pitzer—. Los ha reunido a todos en el yate para asesinarlos.

—No ha sido él, tío Charlie.

—¿Cómo que no ha sido él? Eran sus cómplices ellos sabían… demasiado de él, así que…

—No. Era él quien sabía demasiado de ellos, así que, en todo caso, esos catorce hombres habrían sido quienes podrían haber tenido interés en eliminar a Superbrain no al revés, ya que Superbrain trabajara para ellos, era… la cabeza visible de su organización el eje ejecutor de sus planes, y sabía que ellos le protegerían llegado un caso de apuro. No, no ha sido Superbrain quien los ha matado a todos, tras reunirlos, a las buenas o a las malas, en el yate «Tropik». Algunos habrán llegado engañados, otros habrán sido traídos a la fuerza, pero lo cierto, lo seguro, es que no queda nada de esos catorce hombres.

—¿Cómo puede estar tan segura de que esos hombres estaban en el yate?

—Lo sé. Habían desaparecido, aunque de momento el FBI sólo tenía noticia de la desaparición de once de ellos. Seguramente, los otros tienen su residencia más lejos, y la noticia de su desaparición aún no había llegado oficialmente a Washington… Pero sé que en esa explosión han muerto esos catorce hombres: los han traído aquí y los han… ejecutado.

—Pues si no ha sido Superbrain —deslizó Cavanagh—, quizá eso

significa que había alguien más por encima de esos hombres, y que, en vista del compromiso que representaban, los ha eliminado.

—Tampoco —negó Brigitte—. Con esos hombres, ha muerto el plan que tenían en marcha, fuese cual fuese. Ya no queda nada, no queda nadie de todo ese proyecto que desconocemos.

—Queda Superbrain… ¿No? ¿O cree que también él estaba en el yate?

Brigitte reflexionó unos segundos, antes de mover negativamente la cabeza.

—No… Davenport no estaba en ese yate.

—Entonces…, ¿dónde está?

—Sólo se me ocurre un sitio, que tenga relación con esto, que tenga sentido. Y ya verá como vamos a encontrarlo muy pronto —miró al piloto, y pidió —… Vuele hacia el Norte, por favor.

—¿Qué vamos a buscar allí? —se sorprendió Cavanagh.

—El chalé adonde me llevaron para asegurarse de que yo no seguía hacia el yate con algún truco, para que me localizasen… Es tan fácil de localizar, siguiendo mis instrucciones, que no tardaremos ni siquiera un par de horas en tomar tierra delante del jardín.

—No puede ser tan fácil cuando, pese a sus instrucciones, no ha sido hallado por nuestros hombres —dijo Cavanagh.

—Yo lo encontraré enseguida. Sólo tengo que orientarme desde el lugar donde Peggy y yo fuimos canjeadas, dar una vuelta en un radio máximo de diez minutos de vuelo…, y encontraré ese chalé, no me cabe la menor duda.

Capítulo IX

Dos horas y veinte minutos más tarde, el helicóptero se posaba en tierra, delante de un pequeño y simpático chalé, un tanto aislado de otros parecidos en la tranquila zona residencial, hacia el nordeste de la ciudad de Nueva York. Las aspas dejaron de girar, el piloto saltó a tierra, rodeó el aparato, y tendió sus brazos a Brigitte Montfort, que aceptó la ayuda para saltar a tierra. Parecía muy cansada…, pese a haber dormido últimamente cuarenta y ocho horas seguidas.

—¿Está segura de que es ése? —preguntó Cavanagh.

Ella no contestó. Entró en el jardín, lo recorrió en media docena de pasos, subió al pequeño porche, y empujó la puerta, que no cedió. Con gestos lentos, como resignada, Brigitte sacó de su maletín el juego de ganzúas, introdujo una de ellas en la cerradura, y, en cuestión de segundos, la puerta quedó abierta. Dio un paso hacia dentro, pero Cavanagh se adelantó.

—¡Espere! Puede que haya alguien ahí dentro que…

—No se preocupe: todo ha terminado.

Entraron en la casa… Y nada más poner los pies en el salón, los cuatro se detuvieron bruscamente… La escena era escalofriante: en un sillón, como tirado en se veía a un hombre acribillado a balazos. Un poco más allá, debajo de una mesita, se veía a otro hombre muerto, que parecía igualmente rebozado en manchurrones sangrientos. Los dos estaban rígidos, del color de la cera… Alrededor, por las paredes, se veían los impactos incontables de balazos, muebles astillados, cuadros perforados, objetos rotos… Era como si un vendaval de plomo hubiese cruzado aquella habitación, de un extremo a otro.

—Me parece… que hay otro detrás del sofá —musitó Simón, el piloto del helicóptero.

Se acercó, asió un pie, y tiró de él. Era como tirar de un tronco

seco. Los ojos de aquel hombre estaban abiertos, desorbitados, cristalizados en un espanto terrible. Tenía varios balazos en la cara, en el pecho, en las manos…

—Estos… son los tres que Superbrain tenía aquí

—dijo Brigitte, con apenas un hilo de voz—… Uno de ellos es medico, pero no sé cuál, pues los tres llevaban capucha.

—Pero… ¿qué ha pasado aquí? —casi tartamudeó Pitzer.

—Lo mismo que en el yate: no han dejado ni rastro del grupo de Superbrain. Ya no queda nada, han desaparecido todos.

—¿Y quién ha hecho esto? —pareció implorar una respuesta Cavanagh, muy impresionado—. Porque si no ha sido Superbrain, cortando toda pista tras él, no se me ocurre quién puede haber sido…

—Yo debo ser más… maquiavélica que usted, señor, ya que a mí sí se me ocurre. Es decir, lo sé. Vamos a ver dónde encontramos a Superbrain.

— ¿Quiere decir que está aquí?

—De otro modo, nada tendría sentido, señor. Vengan, conozco un poco la casa. Ya verá como encontramos a Superbrain.

Lo encontraron.

Estaba en el cuarto del aparato de Rayos X, atado a éste delante de la pantalla, en forma de cruz. Por un instante, ninguno de los cuatro reaccionó al ver aquellos restos humanos, de los que sólo la cara, distorsionada en una mueca de terror sin límites, se había salvado de la… trituración, del machacamiento total, de la rotura bestial, del desmembramiento… Era una visión tal, que la estupefacción de los cuatro resultaba lógica. No era fácil reaccionar ante la espeluznante visión de lo que quedaba de un hombre…

De pronto, Simón dio media vuelta, salió corriendo del cuarto, y comenzó a vomitar violentamente en el pasillo. Al oírlo, Brigitte reaccionó también, corriendo hacia un rincón, donde se apoyó, mientras todo su cuerpo se estremecía en terribles arcadas, de una violencia espantosa.

—Por… el amor… de Dios —jadeó Cavanagh, con voz que parecía rechinar sobre hierro—… Por el amor… de… de Dios…

Pitzer se acercó a Brigitte, la tomó de un brazo y tiró de ella, sacándola del cuarto. Afuera, Simón miró a la espía, abrió la boca…, y se volvió de nuevo hacia la pared, manchándola todavía

más. Pitzer llevó a Brigitte a la salita, la sentó en un sillón, miró alrededor, y al ver el pequeño bar, se acercó. Había whisky, entre otras bebidas, y llenó un vaso, que llevó a Brigitte. Ella lo miró, movió la cabeza negativamente…, y desapareció corriendo hacia el cuarto de baño.

Charles Alan Pitzer se quedó inmóvil, mirando el *whisky*. Lo acercó a su boca, pero algo pareció subir, con tremenda repugnancia, desde su estómago a la boca, y tiró el vaso a un rincón. Todavía oía las arcadas de Simón, que por supuesto ya a estómago vacío, sólo podía estar sacando bilis.

—Había… un sobre en el aparato de Rayos X —dijo Cavanagh, apareciendo en la salita.

Pitzer lo miró, asintió con la boca, y no se movió. Cavanagh abrió el sobre, y sacó dos papeles. En uno de ellos había escrita una lista con catorce nombres. Nombres de personas, de ciudadanos americanos, de los cuales, pálido como un muerto, Cavanagh conocía a trece de sus propietarios.

En el otro papel, escrito a mano, con letra temblorosa, y con salpicaduras de sangre en la blanca superficie, se había escrito lo siguiente:

> *Yo, Calvin Davenport, soy la cabeza visible del grupo que ha tomado el nombre de «Superbrain», y cuyo objetivo era tomar el mando total del país norteamericano, con fines básicamente económicos que más adelante se habrían extendido a todo el continente americano. Para conseguir esto, esos catorce hombres del grupo Superbrain comenzaron a planear los asesinatos de los hombres más significativos de nuestro Gobierno, tales como el Secretario de Estado, el de Defensa, el del Tesoro, el del Interior, el Fiscal General de los Estados Unidos, el Secretario de Trabajo, de Sanidad, de Transportes… Todos estos hombres, y muchos más, debían morir, a fin de que esos catorce hombres fuesen ocupando esos puestos clave de la economía y la política norteamericana… Pero, conscientes de que esos asesinatos no eran en absoluto fáciles de llevar a cabo por medios normales, se elaboró la idea de hacerlo de modo que, al mismo tiempo, toda la estructura de seguridad interna quedase destrozada, provocando fricciones entre todos los*

organismos de fuerza, que provocarían una hecatombe, una convulsión terrible en todos los puestos de mando y control. La idea se concretó en la agente Baby, de la CIA

Desconocida para la mayoría de las personas, incluso de altos mandos en el país, la agente Baby, era, en cambio, muy conocida en otras esferas relacionadas directamente con la CIA.

Así pues, si la agente Baby era vista asesinando al director del FBI, esta Oficina Federal se enfrentaría inmediatamente a la CIA y lo mismo los representantes de otras fuerzas importantes. Cada vez que alguien significativo fuese asesinado, una mujer parecida a la agente Baby sería vista lo bastante bien para que las sospechas se concretasen en ella, y, por consiguiente, en la CIA, de la que se sospecharía una maquinación privada para tomar, de una vez por todas, las riendas del país. Así, la todopoderosa CIA sería el foco del que partirían todos los disturbios nacionales…, de los cuales sobrevendrían los cambios de altos personajes en el mando en todas las esferas. Asesinados los actuales dirigentes, incluido el Presidente de Estados Unidos, por la agente Baby, es decir, por la CIA, todos los puestos irían siendo ocupados por esos catorce hombres, cuyos nombres adjunto en una lista. La consecuencia final de este plan seria la desaparición de la CIA, cuyo cometido sería llevado en adelante por una nueva fuerza creada por el grupo Superbrain, y que le permitiría el control total en el Gobierno norteamericano, así como la manipulación total de la masa del pueblo, el Ejército y cualquier fuerza representativa…

De este modo, desaparecida la CIA, eliminados los personajes adecuados, y ocupando los más altos cargos del país, esos catorce hombres y los que irían agregando a su sistema, los Estados Unidos de América pasaría a ser… una «empresa» con más de doscientos millones de empleados, y dirigida por el grupo Superbrain, con el único y exclusivo propósito de adquirir la más grande riqueza económica del mundo y el poder que ello conllevaría.

Esta es la verdad, y nada más que la verdad. Lo juro.

Calvin Davenport

Cavanagh tendió el papel a Pitzer, que ya estaba a su lado leyendo, y se dejó caer en un sillón. Pitzer terminó de leer, y quedó en pie, como un pasmarote, tan demudado el rostro como Cavanagh. Por fin, se sentó también, y quedó de nuevo inmóvil, como alucinado.

Brigitte reapareció un par de minutos más tarde, vió el papel que Pitzer tenía en las manos, y fue a quitárselo, suavemente. Lo leyó, asintió con un gesto, y tras mirar también la lista de nombres, guardó los dos papeles en el sobre, y tendió éste a Cavanagh.

—Esta misma noche, señor —musitó—, se convencerá de que los hombres que estaban en el yate eran los catorce de esta lista. Es decir, nos iremos enterando poco a poco, cuando no aparezcan, cuando queramos admitir la verdad.

—Pero… ¿quién los llevó al yate? ¿Qué ha ocurrido quién los ha matado?

—¿De verdad no lo ha entendido aún, señor?

—Qué es lo que he de entender?

—Han sido nuestros muchachos.

—¿Quiénes? —chilló Pitzer.

—¿Realmente no lo comprenden? ¿Realmente han admitido la ineficacia de más de sesenta hombres buscando un yate en una pequeña bahía, disponiendo de lanchas, aviones, helicópteros…? ¿De verdad pensaron que no sabían encontrar un chalé como éste, tan sólo con las indicaciones que yo les di? ¿De verdad creyeron que cuatro de nuestros hombres se dejaron engañar por tipo cualquiera que fue a buscarlos al yate con lancha…? ¡Estaban mintiendo!

—Pe-pero… usted no… ¡Eso no es posible!

—Por qué no? Vamos, reaccionen los dos, por favor… Imagínense a sesenta agentes de la CIA, y seguramente a otros tantos más que acudieron de lejos, cuando supieron, cuando fueron informados de que el hombre que se había encarnizado con cuatro compañeros, que los había destrozado con torturas para conseguir de ellos el nombre de la agente Baby…, imagínese digo, a esos ciento veinte hombres, quizá más, buscando un yate… ¿No habían de encontrarlo? ¡Claro que lo encontraron! Mejor dicho: jamás dejaron de tenerlo en su poder… Lo que ocurrió fue que dijeron que lo habían perdido, y enviaban informes diciendo que no lo

encontraban, mientras la verdad era que lo tenían escondido. ¿Y saben para qué?

—Para llevar al yate… a los catorce hombres del Grupo Superbrain…

—Exactamente. Santo cielo, ¿no se lo imaginan, de verdad? ¡Ciento veinte agentes de la CIA, o más, a la caza de catorce hombres…! Debió serles facilísimo localizarlos, secuestrarlos, y llevarlos al yate. Y cuando los tuvieron a todos dentro… hicieron explotar el yate. Fin. Se acabó… Ya nadie mataría a más agentes de la CIA torturándolos, ya nadie desleal conocería la verdadera personalidad de la agente Baby, ya nadie podría movilizar a cinco asesinas, dentro del país, para que se dijese que la CIA, por medio de Baby, estaba llevando a cabo un atroz plan de asesinatos políticos, con vistas a la consecución de siniestros planes de la CIA… ¡No me digan que no entienden esto!

—Pero entonces… ¿Superbrain no se escapó, cuando lo del gas en su casa?

—Tío Charlie, aquel gas, igual que el que lo durmió a usted, lo expandió uno de los Simones que estaban conmigo en el despacho de Davenport, y otro que estaba con usted en el coche. La noche anterior, nuestros… muchachos se pusieron de acuerdo: costase lo que costase, ellos tenían que encontrar a quienes habían dirigido aquella matanza horrenda contra cuatro de los nuestros. ¿Y qué ocurrió por la mañana…? Pues que, cuando tuvimos a Superbrain, éste todavía se pavoneó de más cosas, y dijo… cometió la estupidez de decir que sus amigos sabían quién era Baby, es decir, que yo jamás estaría a salvo… Santo cielo…, ¡sume usted a esto, las muertes de los cuatro Simones torturados, y dígame si todavía no cree lo que le estoy diciendo!

—Entonces…, nuestros agentes…, sus Simones…, nos han estado engañando, mintiendo, actuando por su cuenta… ¡No puede ser posible!

—No vale la pena discutirlo — encogió los hombros la divina espía—… Yo sé que la última parte de este asunto ha sido realizada por los Simones, tanto por los que usted movilizó, como por otros que vinieron por su cuenta, secretamente. Bien…, habrá que avisar a Clarence de lo sucedido, a fin de que solucione las desapariciones de esos catorce… de esas catorce bestias.

—¿Le va a decir todo eso a Hadaway? —gritó Cavanagh.

—¿Qué otra cosa puedo decirle?

—¡No lo sé…! ¡Cualquier otra cosa! Yo me encargaré de darle explicaciones a Hadaway…

—Como quiera, señor. Pero me permito recordarle que si pretende engañar a Clarence, corremos el riesgo de hacer el ridículo…, y el de hacerle concebir la idea de que la CIA ha estado jugando sucio. ¿Dónde está Simón?

—Todavía debe estar vomitando por ahí…

Brigitte fue hacia el pasillo de los dormitorios, y se encontró al agente de la CIA apoyado en la pared, con los ojos cerrados. Le puso una mano en una mejilla.

—¿Todavía se encuentra mal, Simón?

El espía abrió los ojos.

—No… Bueno, no sé… Creo que me encuentro… mejor…

—Debieron advertirnos de que no mirásemos a Davenport, ¿verdad?, y nos habríamos ahorrado un mal rato.

—Sí, ellos debieron decirme… ¿Qué? —palideció—. No, no… Perdone, ¿qué ha dicho usted?

—Usted lo ha dicho, no yo —musitó Brigitte.

—No, no… Yo no he dicho nada… ¡No he dicho nada! Sólo he dicho que si hubiese sabido que Davenport estaba así, no lo habría mirado… ¡Eso es lo que he dicho!

—Seguramente, he entendido mal.

—Sí, sí, por supuesto. Lo que yo he dicho… yo he dicho que… que…

—Simón —cortó suavemente Brigitte Baby Montfort—… no le estoy obligando a decirme nada. Ni a mí ni a nadie. Allá usted y los que hayan intervenido en esto. Si quiere permanecer callado, hágalo, pero… por favor, no me diga mentiras. O dígame la verdad, o permanezca callado. ¿Me ha comprendido?

Durante unos segundos, Simón estuvo mirando las azules pupilas que parecían llegar hasta lo más hondo de las suyas, hasta su mismísimo cerebro. Luego, bajó la mirada…, y apretó con gesto resuelto los labios.

Este es el final

—Pero… ¿ni siquiera te violaron? —exclamó Frankie Minello.

—¡Frankie, qué cosas dices! —protestó Peggy, enrojeciendo.

—Pues, hija, no veo qué tiene de extraordinario eso… La gente es tan bestia que, en cuanto tiene ocasión, ¡hala!, a darle gusto al…

—La verdad —cortó Brigitte—, estábamos más tranquilos durante tu ausencia, Frankie.

—¿Ah, sí? —aulló Minello—. ¡Pues puedo irme ahora mismo, y bien lejos, para que nunca vuelvas a verme!

—Acompáñalo a la puerta, Peggy — dijo Brigitte, muy tranquila.

—¡Nada de puertas! —tronó Minello—. ¡Yo me iré de aquí cuando me dé la gana! ¡Te pasas el tiempo fuera de casa, y resulta que regresas precisamente cuando soy yo quien está fuera, te metes en uno de tus líos, en el que mezclas a la pobre Peggy…, y ni siquiera permites que ella me explique lo que le sucedió!

—Te lo estaba explicando, cuando tú la has interrumpido con una pregunta inconveniente.

Minello cerró un instante los ojos. Cuando los abrió, dijo:

—De acuerdo, Peggy. ¿Qué más pasó?

—Pu-pues… Bueno, me sacaron del edificio entre los dos, como si fuésemos muy amigos. Uno de ellos me dijo: «Como no sonrías, te corto las orejas y te las hago comer, rubia, conque tú verás…». Y… y entonces, cuando pasábamos por delante de Pete, pues yo… yo sonreí y dije: «Adiós, Pete, hasta luego…».

—¿Y qué te dijo Pete?

—Oh, pues Pete me dijo: «Hasta luego, Peggy».

—¡Zambomba! — exclamó Minello —. ¡Qué interesante!

—Sí, sí… Bueno, yo salí mirando de reojo a Pete, pero él había vuelto a la lectura del periódico…

—Supongo que sería el «Morning News».

—Pu-pues no sé… No me fijé…

—¡Cómo que no te fijaste! —tronó Frankie—. ¡Eso fue una imprudencia! ¡Cuando a uno le secuestran, hay que fijarse bien en todos los detalles! ¿Era o no era el «Morning News»?

—Bu-bueno, yo… yo-yo… Oh, gracias, señorita… La verdad es que tengo la boca seca, y…

Peggy se quedó mirando, estupefacta, a Brigitte, que le había puesto en una mano una copa de «Dom Perignon» con una guinda, y permanecía de pie a su lado, mirándola amablemente, mientras que ella estaba cómodamente sentada en un sillón…

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Brigitte—. ¿Por qué no bebes?

—¡Usted no debe servirme a mí! —exclamó la muchacha, enrojeciendo—. ¡Soy yo quien…!

Intentó ponerse en pie, pero Brigitte le puso una mano en el hombro, y Peggy tuvo la impresión de que la habían clavado al sillón.

—Vamos, no seas quisquillosa, querida. Un día es un día.

—Eso, eso — asintió Minello; y acto seguido hizo chascar dos dedos—… ¡A ver, tú, chica, muchacha, otra copa para mí!

—¡Frankie! —gritó Peggy—. ¡No debes hablarle así a la señorita!

—¿Por qué no?

—¡A mí nunca me hablas así! Tienes que pedir las cosas por favor, como hace siempre ella.

—¡Yo no soy la señorita! ¡Yo soy Frankie!

—Increíble —abrió mucho los ojos Brigitte—… ¿Verdad que no lo habíamos notado, Peggy?

—¡Ya estás con tus pitorreos, ¿eh?! —bramó Minello—. ¡Pues para que te enteres…! Ah, gracias. ¡Zambomba, qué fresquito está!

—¿Ves como has dado las gracias? — dijo Peggy.

—Yo hago lo que me da la gana… Vaya, vaya, vaya… ¿De modo que no sabes si era el «Morning News»…? Bueno, vamos a pasar por alto ese detalle: ¿qué más pasó?

—Pues verás: salimos del edificio, y entonces, fuimos a un estacionamiento, y uno de los hombres le dijo al otro: «¿Tienes monedas sueltas para el parking?». Y el otro dijo: «Sí, precisamente me han quedado algunas de anoche, cuando tuve que cambiar un billete de veinte para las fichas de teléfono». Y el otro dijo: «Oh, sí». Bueno, entramos en el coche, y uno de ellos lo puso en marcha…

—¡Zambomba! —exclamó Frankie.

—Sí, sí… Yo estaba muy asustada, pero pensaba que la señorita haría algo por mí, con toda seguridad, así que comencé a decirme a mí misma que no debía estar asustada. Uno de los hombres le dijo al otro: «Me parece que esta boba está asustada», pero yo no contesté y simulé que…

Frankie asentía con la cabeza. Cuando miró a Brigitte, captó la sonrisita de ésta, le guiñó un ojo, y continuó escuchando con gran interés la terrible aventura de Peggy, adornándola de cuando en cuando con algún que otro ¡zambomba!

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *¿Quiere usted ser espía?*, disponible en esta misma colección. < <

[2] Véase Asamblea mortal, de esta misma serie. <<

[3] Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, es un viejo amigo de Brigitte, que ha aparecido en otras aventuras. < <